



## CAPÍTULO 2

### AUGURES Y SIBILAS IMPERIALES

#### El 15 de febrero de 1898: La engañosa infalibilidad del Colegio Imperial de los Augures

Quien compare el “Proyecto para el Nuevo Siglo Americano” con el “Memorándum Breckenridge” encontrará extrañas similitudes que van desde haberse adelantado ambos, “milagrosamente”, a acontecimientos históricos relevantes, hasta la formulación de principios de actuación política y militar de cara a guerras que se consideran, explícita o implícitamente, como inevitables. Si en ambos casos las elites de poder y sus empleados más fieles se dedicaban a delinear, en detalles, las estrategias que debían seguirse al estallar el conflicto, era porque consideraban que tenían un perfecto dominio de la lógica interna de los acontecimientos venideros, a tal punto que sus previsiones podían considerarse infalibles, o porque por sus manos pasaban hilos secretos de la trama capaces de llevar a sus actores al punto deseado, en el momento y lugar por ellos escogidos.

Todo imperio respetable ha tenido sus adivinos oficiales encargados de escudriñar el futuro. Roma los tuvo en la figura venerable de los augures, los sacerdotes más antiguos de la ciudad que formaban un colegio sagrado formado inicialmente por tres miembros y que, con César, llegó a tener 17. Es evidente que con el crecimiento del poder y la extensión de los dominios imperiales crecen los peligros, las ambiciones y los enemigos, y ello obliga a los emperadores a escrutar permanentemente un futuro que suponen en manos del azar divino y no sujeto a leyes objetivas. No es exagerado afirmar que el ascenso de los imperios es inversamente proporcional al ascenso del pensamiento científico, y directamente proporcional al auge de las necesidades y ofertas adivinatorias.

## El Colegio de los Augures romanos:

[...] se reunía para deliberar en las *nonas* de cada mes [el noveno día] y emitían su opinión por orden de edad [...]. Tienen actas y comentarios [los Libros augurales] [...]. El cargo era vitalicio y no se podía perder ni siquiera por condena judicial [...]. Gozaban de gran prestigio [...].

Además de la consulta de los auspicios, atendían también a la inauguración de las ciudades, templos. Sus insignias eran la trábea (toga blanca con una franja púrpura) y el lituo [bastón corto y corvo, sin nudos].<sup>1</sup>

A diferencia de lo que se cree, la adivinación en Roma era un proceso sumamente complejo y requería, en consecuencia, una estricta especialización dentro del Colegio de los augures. Estos sabían diferenciar el augurio del auspicio: el primero “[...] se busca ex profeso, se manifiesta en unas aves determinadas, se toma en la ciudad; el auspicio se presenta sin buscarlo, se manifiesta en cualquier ave, se toma fuera de la ciudad”.<sup>2</sup>

Pero en Roma, como en nuestros días, una cosa es adivinar con buen tino y otra, bien distinta, es profetizar en un lenguaje sibilino acerca de las tragedias que van a ocurrir, porque se actúa en secreto para que ocurran. Esto último, sabiamente administrado, puede fomentar fama y poder, como ocurre con los augures del PNAC. Los romanos jamás los hubiesen tomado por augures, sino por sibilas, adivinas que profetizaban desgracias, a través de un discurso incoherente, bajo los efectos de alucinógenos, sin más credibilidad que la que quisiese otorgarle quien las consultaba.

Si los Libros augurales intentaban establecer un sistema primario de adivinación, basado en la observación, las analogías, las deducciones y la experiencia, los Libros sibilinos o Libros fatales, carecían de toda lógica, por lo tanto servían para toda ocasión y para todo público. La estafa desplazaba de esta manera a la ciencia rudimentaria y convertía sus debilidades en fortalezas: las sibilas nunca fallaban en su predicciones; el error lo cometía quien interpretaba sus profecías.

Pero vivimos en tiempos menos crédulos que los de los pios romanos. La humanidad avanza cuando somete a crítica toda

la historia precedente, y todas las certezas y principios que antes consideraba incommovibles. Esa eterna negación pone constantemente en entredicho el viejo oficio de augures y sibilas, aunque sus émulos sigan rodeados del esplendor imperial, y pontifiquen desde sus cátedras opulentas y las bien pagadas columnas que mantienen en los diarios.

No es casual que tras los atentados del 11 de septiembre algunos historiadores e investigadores norteamericanos hayan comenzado a constatar las extrañas similitudes existentes entre la tragedia de New York y la ocurrida a la tripulación del crucero acorazado *Maine*, en la bahía de La Habana, el 15 de febrero de 1898.

Un curioso intercambio por correo electrónico sostenido en agosto de 2001 entre Michael Busby –un investigador norteamericano– y Ronald Hilton, quien es, a todas luces, empleado del bien conocido Hoover Institution de Stanford, California (o “Instituto Hoover para la paz, la guerra y las revoluciones”), precursor de los tanques pensantes de la derecha de aquel país, sirve para demostrar que las historias oficiales sobre lo ocurrido al *Maine* no son generalmente aceptadas, y que basta un suceso que se crea de alguna manera conectado a aquel hecho histórico, como por ejemplo, la destrucción del World Trade Center, para hacer rebrotar las suspicacias y dudas sobre el pasado.

Según Busby:

He llegado a la conclusión de que un empresario industrial norteamericano fue el responsable del hundimiento del *Maine*. He documentado las conclusiones de mi investigación en un manuscrito de 600 páginas. Busco a un investigador español que esté familiarizado con la guerra y pueda aportar elementos adicionales a este caso. También estoy interesado en hallar algún editor europeo para mi manuscrito. ¿Conoce a alguien en España que pueda estar interesado en esta historia?<sup>3</sup>

La respuesta que brinda el Sr. Hilton es muy elocuente, tanto por su contenido como por las asociaciones que establece, y sobre todo, porque constituye un excelente ejemplo de la forma expedita

en que actúan los guardianes imperiales de la historia oficial cuando huelen peligro a las puertas de palacio:

Su afirmación me sorprende. No soy un experto en la guerra del 98, pero de seguro hallará más conocimiento al respecto en los Estados Unidos que en España. Un editor norteamericano estará más interesado en el asunto que uno europeo. ¿Tengo razón si le digo que sospecho que su historia tiene algo que ver con la incredulidad reinante [hoy] en los Estados Unidos? Usted deberá presentar argumentos hasta que una de las partes admita que cometió un error. Esta historia es tan importante que le encantará a las turbas de Castro, y también a los españoles, durante mucho tiempo considerados responsables del hecho. La investigación llevada a cabo por el almirante Rickover concluyó afirmando que la explosión se debió a un accidente, de manera que a nadie puede acusarse por ella. Su estudio convierte a los Estados Unidos en villano. Si Usted somete la obra a alguna editorial universitaria norteamericana, esta le asignará lectores calificados que expresarán su opinión, aunque no necesariamente sea positiva. Por favor, manténgame informado cuando el asunto haya sido encaminado.<sup>4</sup>

Cuando se cursaban estos mensajes, una ola de chovinismo patriotero recorría a los Estados Unidos, suplantando la necesaria reflexión crítica acerca de las causas que motivaron el 11 de septiembre. El intento de mediatizar el manuscrito del Sr. Busby, manteniéndolo en el marco del sistema, se complementa con la velada amenaza de declararlo potencialmente contrario a la causa nacional.

Visité el “Hoover Institution” en el año 2000. En aquella ocasión no pude revisar la documentación que atesora sobre Cuba, apenas una ínfima parte de ella y no la que había pedido con antelación a la visita. El joven empleado cubano que me atendió me brindó por ello corteses explicaciones no convincentes. A cambio, y a manera de consuelo, me obsequiaron algunas copias de documentos secretos del Buró Político del PCUS acerca de la Crisis de Octubre. Me dijeron que tales documentos habían sido comprados en la antigua URSS, aprovechando el caos que siguió a su desaparición.

ción, y contratando, de paso, a un grupo de empleados rusos encargados de su conservación y ordenamiento. Al preguntar quiénes eran los investigadores que llenaban sus salas de lectura, y a quienes se servían los documentos de sus colecciones se me contestó que “la mayoría eran trostkystas”. No pude menos que recordarlo cuando, mientras preparaba el presente libro, saltaron ante mi vista las puebas de que la CIA organizó y financió la contrapartida a la “Conferencia Cultural y Científica por la Paz Mundial”, celebrada en el Waldorf Astoria de New York, en 1949, utilizando a transfugas al estilo de Sidney Hook y Nabokov, y que muchos neocons, que forman hoy la Guardia de Hierro del bushismo, son descendientes de trostkystas, comunistas y liberales.

Aprovechando y estimulando las divisiones internas del movimiento comunista y obrero mundial, y adquiriendo todos los documentos que puedan arrojar luz sobre la historia universal, muy especialmente la del siglo xx, la de esos propios movimientos y la de las revoluciones, el sistema intenta monopolizar las interpretaciones del pasado y reescribir el presente y el futuro. Institutos como el Hoover, que han proliferado en los Estados Unidos y que cuentan con presupuestos millonarios, actúan a manera de agujeros negros de donde la verdad histórica no logra escapar.

Pero ningún sistema para controlar la verdad es infalible.

Seguir la ruta de acontecimientos como los que culminaron en la explosión del *Maine* y en las del 11 de septiembre de 2001, se dificulta extraordinariamente por la práctica ya apuntada. Aunque sea casi imposible aportar pruebas definitivas en uno u otro sentido, mucho menos documentales, lo cierto es que el tiempo y el tesón de los investigadores permiten acumular indicios que apuntan a nuevas interpretaciones e hipótesis acerca de lo sucedido y van fomentando una línea de pensamiento independiente, crítico, capaz de acercarse de forma paulatina a lo que debió realmente ocurrir, hasta alcanzar un grado digno de certeza.

La capacidad diversionista del sistema es inagotable, tanto para sembrar de pistas falsas el camino de los investigadores, como para escamotear, ocultar, destruir o construir pruebas, en uno u otro sentido. Se trata de un entramado casi perfecto a fin de que la luz no llegue nunca a brillar sobre ciertas regiones de la historia de los propios Estados Unidos, en especial aquellas donde

se decide la credibilidad interna del sistema, de sus instituciones y gobierno, de sus paradigmas e iconos.

Pero tampoco aquí es posible la perfección absoluta.

La Guerra del 98 se desata, aparentemente, porque la destrucción del *Maine* en el puerto de La Habana se consideró un acto hostil de España contra los Estados Unidos, aun cuando las indagaciones de la Comisión Sampson no pudieron demostrar la culpabilidad de las autoridades españolas y se limitaron a señalar como algo externo al buque la explosión inicial que indujo la segunda.

Los cuatro miembros de la Comisión arribaron a La Habana el 21 de febrero de 1898 y entregaron su informe final a la Secretaría de la Marina, el 25 de marzo del propio año. Para ellos, la explosión de una mina submarina accionada por el lado del puerto provocó el estallido de los magazines de reserva de las municiones almacenadas cerca de la proa. No hizo falta más: exactamente un mes después se declaraba la guerra.

En noviembre de 1910 se crea en los Estados Unidos la Comisión Vreeland, dirigida por el contralmirante del mismo nombre. En este caso, se aprovecharon las obras de reflotamiento del buque para acceder a él e indagar con más cuidado. Las conclusiones de la Comisión se entregaron al presidente Taft, el 14 de diciembre de 1911 y coincidieron con las anteriores, con la excepción de que se consideraba que la explosión inicial fue motivada por un explosivo de baja potencia.

Más de medio siglo después, en 1976, y de manera inesperada, sin mediar antes ninguna polémica o interés especial sobre las causas verdaderas del hundimiento del *Maine*, ve la luz la monografía que desde entonces ha sido considerada la más exhaustiva y prestigiosa de todas las que se han dedicado al tema, y en consecuencia, el punto final a numerosas hipótesis y acres disputas históricas. *How the Battleship Maine was destroyed*, del almirante Hyman G. Rickover, aparece ese año en Washington, bajo los auspicios de la División de Historia de la Marina de los Estados Unidos, con prefacio de Edwin B. Hooper, vicealmirante y director de dicha División. El libro recoge indirectamente la posición oficial de la Marina, y por extensión del gobierno de los Estados Unidos sobre la tragedia que tuvo por escenario la bahía de La Habana, 78 años antes. Esto, precisamente, es lo que lo hace interesante, y no

su despliegue de argumentación técnica ni sus reiteradas declaraciones acerca de su aspiración a la objetividad científica, alejada de todo interés.

Rickover comienza por calificar a 1898 como “[...] punto de inflexión en la historia de los Estados Unidos”,<sup>5</sup> y termina por afirmar que “[...] un estudio sobre la destrucción del *Maine* arrojará nueva luz sobre los hombres y las instituciones que pelearon en la guerra contra España y dejaron un legado que continúa influyendo sobre nuestra nación”.<sup>6</sup> Si tenemos en cuenta que su estudio somete a fuerte crítica y rechaza las conclusiones de las indagaciones oficiales anteriores, entre ellas, las de las Comisiones Sampson y Vreeland; si en él podemos leer que la explosión se debió a causas internas, y más específicamente, a lo que considera un accidente, lo cual deja sin justificación la guerra desatada contra España, nos intriga lo que el almirante “disidente” quiere transmitir con estas afirmaciones, que aparecen en el pórtico del libro.

¿Por qué 1898, o lo que es lo mismo, la guerra contra España, es considerada de tal manera por Hyman Rickover –hombre de confianza del sistema–, al extremo de ser uno de los máximos responsables del programa de los submarinos atómicos *Polaris* en los difíciles años de la Guerra Fría? ¿Por qué hurga precisamente aquí, en las entretelas del pretexto que se esgrimió para iniciar la guerra, y en lo que sobre él no se ha dicho, para arrojar luz sobre “el legado” que rige desde entonces los destinos de su país, y en buena medida, del resto del mundo? ¿Cuál es el mensaje que nos quieren enviar el autor y sus patrocinadores con estos puntos de vista “heréticos”?

Para poder construir una respuesta aproximada a estas interrogantes veamos, de manera resumida, cuáles son los puntos oscuros que Rickover “detecta” en las explicaciones e hipótesis norteamericanas anteriores sobre el hundimiento del *Maine*:

- 1- Desde el momento de su propia construcción, el buque afrontó dilaciones y dificultades que jamás fueron suficientemente explicadas y que habrían conspirado contra sus cualidades e idoneidad como nave de combate. Esto puede deducirse del excesivo tiempo transcurrido entre la conclusión de su quilla (17 de octubre de 1888) en el New York Navy Yard, y su puesta



en servicio por la Marina, seis años y once meses después (el 17 de septiembre de 1895). Rickover reconoce que en esa época la ingeniería y el armamento naval del país estaban “muy atrasados”, lo cual provocó que la Marina lo considerase, desde que fue botado al agua, como “[...] un buque de combate de segunda clase”.<sup>7</sup> Estos elementos arrojan dudas sobre el punto de vista que exonera a los Estados Unidos de haber provocado la pérdida de la embarcación, dada su supuesta utilidad y valor, en caso de estallar la guerra con España.

- 2- La designación del capitán Charles D. Sigsbee como comandante del *Maine* es difícil de explicar, de acuerdo a su récord personal, antecedentes y preparación. En 1886, cuando estaba al mando del *Kersage*, fue reportado por mantener el barco en malas condiciones y no entrenar de forma adecuada a los marinos. Representante de la rama técnica de la Marina, no estaba, precisamente, muy dotado para el mando ni para tomar decisiones en situaciones como las que debería enfrentar en La Habana. Resultó ser el segundo capitán en la historia del buque, nombrado el 10 de abril de 1897, y poco tiempo después, por entrar al puerto de New York sin práctico, se vio obligado a embestir el muelle 46 para eludir una colisión con otro navío. Semejantes antecedentes no justifican que fuese el escogido para cumplir la delicada misión que lo llevó a aguas cubanas, en momentos en que se decidía el estallido de una guerra. Precisamente, todo lo contrario.
- 3- A finales de 1897, la Marina norteamericana era pequeña, y estaba formada por cuatro naves de primera, dos de segunda, dos cruceros artillados, 16 cruceros de otro tipo, 15 cañoneras, seis monitores con doble torretas, un buque con cañones de dinamita y cinco torpederos. “Existían entonces 1 200 oficiales en servicio (número que incluía a los ingenieros) [...]. En una Marina tan pequeña, los oficiales superiores se conocían entre sí”<sup>8</sup> –escribe Rickover–, lo que hace más difícil de entender el nombramiento de Sigsbee. A la vez, todos los nombramientos dependían únicamente del Secretario de la Marina, quien solo respondía al presidente. John D. Long, nombrado secretario por McKinley, era su amigo personal. Una buena parte de los asuntos operativos, que resultaron decisivos para

los hechos posteriores, descansaban en manos de su Subsecretario, quien resultó ser Theodore Roosevelt, desde octubre de 1897.

- 4- Roosevelt había sido nombrado por McKinley, no por Long, a petición del senador Henry Cabot Lodge, importante líder republicano. Unidos por el mismo fervor expansionista y los mismos sueños imperiales, Roosevelt y Lodge eran los líderes visibles del “Partido de la Guerra”, que laboraba desde las sombras alentado y respaldado por grandes intereses económicos. Benefició mucho a estos planes que en la distribución de funciones correspondiese a Roosevelt lo relacionado con “[...] los contratos y asuntos vinculados con los aseguramientos materiales, la inteligencia naval y la presidencia de la junta de oficiales creada para poner fin a décadas de conflictos generados por mezclar al Cuerpo de Ingenieros con los oficiales de línea”.<sup>9</sup> Como puede apreciarse, y aunque Rickover apenas lo deje entrever, el verdadero poder de decisión y la capacidad de desarrollar acciones encubiertas en la Secretaría de Marina descansaba en manos de un hombre persuadido de la necesidad de iniciar una guerra imperialista contra España, a cualquier precio.
- 5- Roosevelt estaba muy familiarizado con “[...] el peligro derivado de la costumbre de almacenar el carbón [en los buques] cerca de los magazines [de las municiones], para que sirvieran de protección adicional ante los disparos del enemigo”.<sup>10</sup> Rickover recuerda que desde 1895 habían estallado “[...] tres incendios en los depósitos de carbón del *Olympia*, cuatro en los del *Wilmington*, y al menos uno en los del *Petrel*, el *Lancaster* y el *Indiana*, respectivamente, sin contar los ocurridos en el *Brooklyn*, el *Cincinnati* y el *New York*, estos últimos, casi causantes de explosiones en los depósitos de magazines”.<sup>11</sup> En noviembre de 1897, Roosevelt pidió a Long “[...] la creación de una junta para investigar los diferentes tipos de carbón existentes y las causas de su combustión espontánea. Hizo algo más: indicó a los agregados navales de los Estados Unidos recolectar información sobre los procedimientos utilizados por los navios extranjeros para evitar la combustión espontánea del carbón”.<sup>12</sup> En consecuencia, a juzgar por los

elementos que nos aporta Rickover, existía plena conciencia del problema y el conocimiento más amplio para conjurarlo estaba en manos de Roosevelt. También la opción de cerrar los ojos ante él, y dejarlo “ocurrir”.

- 6- La conexión entre Roosevelt y Lodge era tan estrecha, que este recibía del primero resúmenes escritos de sus charlas privadas con el Presidente, en violación de las ordenanzas y la debida discreción y reserva en asuntos que eran secretos, por su naturaleza. Así lo atestigua Rickover al referirse al memorándum que el Subsecretario envió al senador describiendo lo conversado en la cena que McKinley compartió con Roosevelt, el 17 de septiembre de 1897, y el intercambio que continuó, al día siguiente. En ese documento –carta del 21 de septiembre–, y en el resumen que Roosevelt preparó para el propio Presidente, un día antes, está asombrosamente delineada, paso a paso, la estrategia a seguir en caso de guerra con España, los escenarios bélicos que se escogerían para las acciones y el carácter de estas: los Estados Unidos estaban obligados a tener siempre la iniciativa y a desarrollar una guerra relámpago, para lo cual tenían que mantener en Cayo Hueso su flota principal. Estas asombrosas anticipaciones, que podrían reputarse como joyas de las artes adivinatorias del colegio imperial de los augures, son, en realidad, pruebas entregadas por Rickover, sin atreverse a decirlo, sobre la vasta conspiración para desatar la contienda que estaba en marcha, en el propio palacio imperial.
- 7- A partir de la estrategia ya adoptada, descrita en el capítulo tres del libro de Rickover, justamente titulado “Aumentando la presión”, “[...] la administración McKinley comenzó a tomar medidas para prepararse ante una eventual emergencia en La Habana”.<sup>13</sup> El 8 de octubre de 1897, Long ordenó al *Maine* separarse del Escuadrón del Atlántico Norte, al cual pertenecía, y fondear en Port Royal, Carolina del Sur, sitio escogido “[...] por estar más cerca de Cuba”.<sup>14</sup> El 15 de noviembre, zarpó hacia Norfolk para efectuar reparaciones menores. El 3 de diciembre, Roosevelt indicó a los jefes de Buróes de la Marina que todos los trabajos en la nave debían concluir para el 10 de diciembre, pues esta tenía órdenes de partir al día siguiente. Ese mismo día Long

envió “[...] planes secretos y confidenciales al *Maine* y al *Detroit*”.<sup>15</sup> Dichos planes no han sido hallados, pero al parecer, de acuerdo a otras evidencias, si ambos buques recibían en Cayo Hueso un mensaje en clave de Lee [cónsul general de los Estados Unidos en La Habana] con la letra ‘A’”,<sup>16</sup> el primero debía dirigirse a la capital de Cuba, y el segundo a Matanzas. El 15 de diciembre el *Maine* arribó a Cayo Hueso. El 3 de enero de 1898, ya se encontraban siete buques de guerra más estacionados allí, que luego se basificaron en Dry Tortugas.

- 8- El 6 de diciembre de 1897, en su “Mensaje al Congreso”, el presidente McKinley deslizó una frase sibilina, que adquiere sentido a la luz de los sucesos posteriores, y es el antecedente directo de tantas declaraciones similares que, desde entonces y hasta hoy, han formulado los presidentes de los Estados Unidos cuando se disponen a desatar una guerra en cualquier parte del mundo por sus intereses geoestratégicos: “Si de todas maneras se nos impone el deber ante la civilización y la humanidad de intervenir [en el conflicto cubano], este deberá ser estrictamente cumplido por nosotros, y lo haremos solo en el caso de que la necesidad de semejante acción demuestre a las claras haber sido aprobada y apoyada por el mundo civilizado”.<sup>17</sup> Rickover termina con esta cita el tercer capítulo de su libro, como para que el lector adquiriera conciencia de la tragedia que se cernía ya sobre el *Maine*, la cual debía ser de una naturaleza tal, que cumpliese los requisitos apuntados por McKinley.
- 9- El desencadenamiento de estos planes, que implicaba la entrada de la nación en una guerra, según Rickover, fue dejado en manos de Lee y Sigsbee, fuera del alcance de las máximas autoridades y las instituciones correspondientes del país. Al respecto Rickover escribió: “En Cayo Hueso Sigsbee esperaba por el mensaje de Lee. Casi diariamente enviaba un cable telegráfico al Cónsul General [...]. El 22 de diciembre de 1897, este escribió a la Secretaría de Estado que uno o dos buques deberían ser enviados a La Habana antes de que Washington tomase ninguna medida con respecto a Cuba”.<sup>18</sup>
- 10- Los disturbios del 12 de enero de 1898 en La Habana, protagonizados por oficiales del Ejército español y voluntarios

integristas, partidarios de Weyler y enemigos de la independencia y de la autonomía, fueron el detonante de las decisiones adoptadas por ciertos círculos de Washington, que contaron con el Presidente, solo al final. Según Rickover, a partir de los insistentes reclamos de Lee, se desató la acción combinada de altos funcionarios, entre los que cita a Alvey A. Adee, segundo asistente del Secretario de Estado; a William R. Day, asistente del Secretario de Estado y a Roosevelt y Long, de la Secretaría de Marina, quienes de manera consciente exageraron los peligros del suceso. De esta forma, se llegó a la crucial reunión del 24 de enero en la que participaron “McKinley, Day, Long, probablemente Nelson A. Miles, comandante general del Ejército y Joseph McKenna, Juez de la Corte Suprema”.<sup>19</sup> La decisión fue muy concreta: enviar el *Maine* a La Habana, lo cual se comunicó al gobierno español, por los canales diplomáticos, con apenas 18 horas de antelación al arribo, y como hecho consumado.

- 11- El *Maine* solo necesitó dos horas para zarpar de Dry Tortugas, una vez recibidas por el contralmirante Sicard, jefe del Escuadrón del Atlántico Norte, las órdenes pertinentes emitidas por Long.

A partir de este momento, la historia es bastante conocida.

Hasta aquí, seguir el razonamiento de Rickover permite establecer la existencia de planes muy detallados para la guerra con España, mucho antes de que se tomase la decisión de enviar el buque a La Habana; denotando que, desde las sombras, actuaban poderosas fuerzas dentro de la propia administración McKinley, las cuales conspiraban para llevar la crisis a un punto de no retorno; los principales actores de esta tragedia fueron cuidadosamente escogidos y sabían qué se esperaba de ellos; se tenía plena conciencia del inmenso peligro que representaba el almacenamiento de carbón bituminoso cerca de los magazines, y nada se hizo para evitarlo; y por último, que la situación en la Isla, no justificaba la medida tomada por el Presidente, quien, de seguro, jamás lo hubiese hecho de no haber sido asediado con informaciones tendenciosas y consejos manipuladores de sus más cercanos colaboradores.

Rickover afirma, tras el examen de las pruebas, que la explosión fue provocada por la combustión espontánea del carbón del depósito A-16, cercano a la proa, y esto brindó el pretexto definitivo

para la guerra tan anhelada con España; que el calor derivado de ello provocó la explosión de los magazines de los proyectiles de reserva de seis pulgadas, y la de otros depósitos de magazines adyacentes. Tal conclusión, viniendo de quien viene, pretendía cerrar definitivamente las indagaciones, exonerando, de paso, a casi todos los posibles implicados.

Las enjundiosas conclusiones de Rickover, aceptadas al pie de la letra por muchos, niegan la posibilidad de que la tragedia se debió a un agente externo al buque, y de paso, que tampoco ocurrió debido a un sabotaje interno. A los efectos de nuestro análisis, es irrelevante que sean o no acertadas. Aceptemos la hipótesis propuesta por Rickover. Una cosa es la ocurrencia de un accidente absolutamente inesperado, y otra, muy distinta, la de uno que se ha previsto y “dejado” ocurrir. Esto último, lejos de exonerar, incrimina de forma directa a los conspiradores norteamericanos del “Partido de la Guerra”, principalmente a las autoridades navales y ejecutivas del propio buque, involucradas en la conspiración. Esto es lo que se lee entre líneas en la obra del almirante “disidente”. En ello consiste su verdadera “herejía” hacia el sistema, y no en haber desmentido la supuesta culpabilidad de España en la tragedia.

Creo que, al igual que lo sucedido al *Maine* con su explosión planificada, el libro de Rickover escapó al control de quienes auspiciaron su publicación con fines diversionistas. Despejada la cortina de humo que se intentó tender sobre los hechos, quedó flotando sobre la superficie un verdadero amasijo de pistas y pruebas que merecen ser seguidas, pues, tanto como los restos del naufragio, pueden decirnos mucho.

Veamos las más importantes:

Al arribar el *Maine* al puerto de La Habana, las autoridades sanitarias españolas exigieron al capitán Sigsbee la documentación requerida, sin que este la pudiera presentar. “Al conocer que el buque carecía de la documentación establecida —escribe Rickover— estas habrían recomendado ponerlo en cuarentena”.<sup>20</sup> Quienes han examinado esta poco conocida decisión, lo han hecho interpretándola como prueba de la llegada precipitada del crucero a puerto, lo cual reforzaría el aire de casualidad e improvisación que tanto se deseaba para rodear una acción escrupulosamente preparada. ¿Por qué no pensar, por ejemplo, que Sigsbee tenía instrucciones precisas

de no aportar documento alguno, ni permitir inspecciones a bordo que pudiesen concluir en el conocimiento exacto de la composición de su tripulación? Todos los listados acerca de sobrevivientes y víctimas del *Maine* provienen de fuentes de la Marina norteamericana, parte muy interesada en que ni entonces ni ahora se conozca el suceso, en toda su magnitud.

Según Rickover: “[...] Long ordenó a Sigsbee prohibir a la tripulación pisar tierra, para evitar cualquier incidente”,<sup>21</sup> pero a los pocos días, al “[...] sentir que la situación estaba en calma, este permitió a los oficiales visitar la ciudad”.<sup>22</sup> Se comprende la lógica de la primera medida, la cual refuerza las dudas sobre la verdadera composición de la tripulación del *Maine* en el momento del estallido, pero la segunda podría haber servido para alejar a los oficiales del sitio del peligro, teniendo en cuenta que la combustión espontánea del carbón no tiene momento exacto para ocurrir. Sobre este particular, una recurrente versión de los hechos ubica a la oficialidad del *Maine* a bordo del buque norteamericano *City of Washington* participando en una recepción, al momento de ocurrir la tragedia. Así lo expresó al periódico *La Lucha* el capitán de la barca *Josefa*, citado en 1910 por J. M. Fuentesvilla en su libro *España y el Maine*:

Quince minutos después de ocurrida la explosión del *Maine*, pasé con mi barca cerca del vapor mercante norteamericano *City of Washington*, y vi que este se alejaba del lugar ocupado por el crucero de la marina norteamericana. El *Washington* [...] llevaba a remolque tres botes del *Maine* que estaban esperando que terminara la comida con que se obsequiaba al comandante y a los oficiales de aquel crucero.<sup>23</sup>

En todas las versiones norteamericanas, incluida la del propio capitán Sigsbee ante la Comisión Sampson, se da como cierto y probado que los oficiales estaban a bordo al ocurrir la explosión, con excepción de cuatro de ellos, y que el propio capitán se hallaba en su camarote, escribiendo una carta.

En cualquier caso, las dudas acerca de quiénes se encontraban a bordo del buque en el momento del siniestro estuvieron tan generalizadas que el padre Chidwick, su último capellán, se vio obligado a enfrentarlas, reiterando la versión oficial, al pronunciar la oración fú-

nebre ante los restos de 64 de las víctimas, rescatadas del fondo de la bahía habanera al ser reflotado el buque, el 16 de marzo de 1912:

Yo afirmo ante los cuerpos sin vida de estos marineros que todos los oficiales de nuestro barco, a excepción de cuatro, estaban a bordo de la nave en el momento de la catástrofe, y que de esos cuatro solo uno estaba en comisión. El ángel de las tinieblas y de la muerte se cernía de igual manera sobre los oficiales y la marinería, y a nadie mostró el signo de su presencia hasta que su refulgente espada de fuego convirtió en cadáveres a dos oficiales y a 249 marineros.<sup>24</sup>

Se ha sabido —como cita Rickover—, que Sigsbee estuvo insistiendo en que un torpedero del Escuadrón del Atlántico Norte debía:

[...] iniciar una serie de visitas [al puerto de La Habana], y dilatando más en cada ocasión su estancia, hasta que los españoles se acostumbrasen a su presencia [...]. Day, Long y, presumiblemente, el propio Presidente aceptaron este razonamiento. El 10 de febrero Long informó a Sigsbee y Sicard que el buque torpedero *Cushing* estaría en La Habana el 15 de febrero, si el tiempo lo permitía, aparentemente para llevar provisiones [al *Maine*], hecho lo cual debía retornar a Cayo Hueso, de inmediato.<sup>25</sup>

Es interesante observar que el *Cushing* debía estar cerca del *Maine* en el momento exacto de la catástrofe, ni antes, ni después, y que, como señala el propio Rickover, el pretexto de su viaje era notoriamente falso, pues cada buque norteamericano que había partido de La Habana había tenido que entregar suministros al *Maine*. El *Cushing* era pequeño, de apenas 140 pies de eslora, un desplazamiento de 116 toneladas y una tripulación compuesta por 20 hombres y dos oficiales. A su favor tenía la capacidad de desarrollar una velocidad de 23 nudos.

Según Rickover:

[...] el viaje del *Cushing* comenzó mal. Los dos oficiales que descifraron el despacho de Long se equivocaron al transcribir



la fecha del 15 de febrero como la indicada para zarpar, por lo que [su capitán] Gleaves, ante el asombro de Long, partió de Cayo Hueso en la mañana del 11 de febrero. A medio camino de La Habana, el buque se adentró en mar picada. Una ola lanzó a un oficial por la borda. A pesar de la rápida reacción de la tripulación y los esfuerzos realizados, no se pudo salvar su vida. El buque arribó a puerto a las 3.30 pm y amarró cerca del *Maine*. El cadáver fue inicialmente llevado al crucero y luego enviado a los Estados Unidos en un buque comercial [el *Séneca*]. Al día siguiente, el *Cushing* retornó a Cayo Hueso.<sup>26</sup>

No menos interesante es constatar que el alférez ahogado durante la travesía había sido un destacado deportista durante sus años de estudio en la Academia de Annapolis, famoso como boxeador, esgrimista y futbolista, y también, por haber salvado, durante el verano de 1893, a dos hombres en peligro de ahogarse en Fisher's Islands, Long Island y a otra persona que había caído al agua en la bahía de Annapolis, en 1895. Había servido en el *Maine*, entre febrero y julio de 1896 y rescatado una lancha perdida del buque durante la noche y en medio de una severa tormenta. Entre sus diversos actos heroicos, descritos por el entonces joven corresponsal Winston Churchill en un artículo publicado en agosto de 1898 en *The Review of Reviews*, se encuentran “[...] el rescate del agua de seis personas en peligro de ahogarse”<sup>27</sup> y el evitar una explosión a bordo del *Texas*, a riesgo de su propia vida.

El nombre de este joven, fallecido de manera tan inexplicable, parece aumentar aún más el misterio que rodea a la misión del *Cushing* en La Habana y a las propias circunstancias de su muerte. El alférez Joseph Cabell Breckenridge era hijo del general Breckenridge, Inspector General del Ejército, y probable autor de las “Instrucciones...”. No es casual que en un libro dedicado a recoger su biografía, escrito ese mismo año por Ethelbert Dudley Warfield, pueda leerse: “Joseph Cabell Breckenridge perdió su vida en lo que puede ser considerado el primer episodio de nuestra guerra contra España”.<sup>28</sup>

Entre las desconcertantes casualidades descubiertas alrededor de estos sucesos están:

- La de hallar como comandante de la flotilla de torpederos –a la que pertenecía el *Cushing*, cuando muere el alférez Breckenridge–

ge y es destruido el *Maine*—, al teniente-comandante William W. Kimball, destacado oficial de la Oficina de Inteligencia Naval (ONI) y autor del plan aprobado desde 1896 para aplicar en caso de estallar una guerra contra España, vinculado al desarrollo de torpedos, desde 1870, y al primer submarino norteamericano a partir de 1890 al extremo de que su creador, John P. Holland, afirmó que “[...] a ningún ser viviente debía su éxito tanto como a Kimball”;<sup>29</sup>

- Conocer que al capitán del *Cushing*, Albert Gleaves, pertenecen “[...] aportes muy importantes a la artillería naval y a los torpedos, de tal forma que a él se debió la conversión de estos de armas de azar en armas de precisión”.<sup>30</sup> El propio Kimball terminaría su carrera como contralmirante, y Gleaves, como almirante.
- Constatar que el segundo al mando del *Maine*, Richard Wainwright, había sido nombrado en este cargo el 17 de noviembre de 1897, apenas tres meses antes de la explosión, y que, desde 1896 y hasta ese momento, había dirigido la ONI, y de más está decir que, al retirarse, en 1911, también había alcanzado los grados de contralmirante.

No hay dudas de que Gleaves se hallaba en el escalón delantero de la conspiración, solo superado por Sigsbee y Lee, que se encontraban en su mismo vórtice. Rickover lo insinúa cuando dice que la primera noticia de la pérdida del *Maine* le fue llevada verbalmente por un agente secreto en ropa de civil, quien, a su vez, la había recibido por telégrafo de otro que se encontraba en La Habana.

Rickover cuenta:

Gleaves, con el agente y el oficial naval de mayor graduación presente en Cayo Hueso, el teniente-comandante William S. Cowles se presentó en la oficina de telégrafo [...]. Horas después recibían un mensaje sin cifrar de La Habana para ser entregado al Secretario de la Marina. El operador le entregó el mensaje al agente, quien lo pasó a Cowles para su lectura [...].<sup>31</sup>

En ese bien conocido primer mensaje de Sigsbee, aparece una línea a la que se ha prestado escasa atención: “[...] los heridos y demás

se hallan a bordo de un buque de guerra español y otro de la Ward Line. Enviar buque faro desde Cayo Hueso para recoger a la tripulación y el poco equipamiento que pueda encontrarse a flote”.<sup>32</sup>

Tras recibirse en Washington la noticia, Long ordenó el envío inmediato del *Fern* a La Habana, antes de telefonar al Presidente para comunicarle la novedad. No queda claro la lógica que hizo a Sigsbee pedir el envío de semejante buque en momentos tan trágicos e inciertos, cuando, entre las causas posibles del suceso podría estar un ataque español. Era como si —tras ser volada una casa por malhechores y ser tomados sus habitantes como virtuales rehenes—, a alguien se le ocurriese pedir el envío de un carro de golf, en lugar de patrullas policiales armadas.

Al mando del *Fern*, por otra de tantas casualidades, se hallaba William S. Cowles, el mismo oficial que había sido el primero en leer el telegrama de Sigsbee, y una vez más, casualmente, cuñado de Theodore Roosevelt, el hombre que más había hecho por precipitar la guerra. Agregado Naval en Londres durante los cuatro años anteriores, es de suponer que, al igual que todos los de su clase, Cowles mantenía estrechos lazos con la ONI, tanto como con los Roosevelt, a quienes se había integrado al casarse con Anna, la hermana mayor del clan.

Los extraños sucesos que tuvieron lugar tras la explosión del *Maine* se refuerzan con las actitudes asumidas por personajes como Roosevelt. Al conocer que Philip R. Alger, un respetado experto en armamento naval, había declarado el 18 de febrero al *Washington Evening Star* que la causa más probable de la tragedia había sido el fuego en un depósito de carbón, el cual debió provocar, a su vez, la explosión de los magazines, escribió al jefe de Alger, el contralmirante Charles O’Neil, jefe del Buró de Armamento de la Marina, con evidentes intenciones de acallar estas molestas opiniones, tildándolas de “antipatrióticas”: “Los mejores hombres del Departamento coinciden en afirmar que, sea probable o no, es ciertamente admisible que el buque haya sido volado por una mina”.<sup>33</sup>

Roosevelt imponía su versión oficial, antes de que las comisiones investigadoras pudiesen concluir sus labores, y hacía todo lo posible por desacreditar cualquier punto de vista contrario. Conociendo que dos respetados líderes del Congreso, el poderoso representante Reed y el senador Hale, presidente del Comité de Asuntos

Navales, consideraban que la tragedia indicaba la necesidad de detener, por el momento, la construcción de buques de guerra en astilleros norteamericanos, se apresuró en escribir una carta a su gran aliado, el senador Henry Cabot Lodge, para que fuese mostrada a los congresistas, donde señalaba que la pérdida del *Maine* era el precio que debían pagar los Estados Unidos por asumir su papel como gran potencia naval.

Desde el punto de vista de los reglamentos, la primera comisión investigadora norteamericana que McKinley y Long indicaron formar al contralmirante Sicard, jefe del escuadrón del Atlántico Norte al cual pertenecía el buque siniestrado, no fue adecuadamente constituida, o tal vez tenía la indicación de no someter a escrutinio la actuación de Sigsbee. Lo anterior se infiere al constatar que los rangos de los oficiales que la componían no sobrepasaban el del capitán del *Maine*. Una segunda comisión, presidida esta vez por el entonces capitán Sampson, fue convocada, teniendo en cuenta esta exigencia. De hecho, Sigsbee jamás fue cuestionado, ni el suceso obstaculizó para nada su carrera. La comisión actuó de puro trámite, como si le hubiesen ordenado llenar las formas, pero no traspasar ciertos límites escabrosos. Sus conclusiones fueron las esperadas: el origen de la explosión se hallaba fuera del buque.

La Comisión Sampson pudo comprobar, durante los interrogatorios a Sigsbee, que este, como hace notar Rickover “[...] no estaba familiarizado con el buque”.<sup>34</sup> Por ejemplo, no pudo precisar cuándo había inspeccionado los magazines en los últimos tres meses. Se podría pensar que su asignación al *Maine* había tenido motivos distintos a los habituales, y que no era, el cumplimiento de sus obligaciones como capitán lo esperado de él.

Las ofertas de ayuda profesional a la Comisión Sampson tampoco fueron aceptadas. Ni los conocimientos del prestigioso profesor Charles E. Munroe, presidente de la American Chemical Society, experto en explosivos, ni los del constructor naval Frank L. Fernald, supervisor de la construcción del *Maine* se consideraron útiles para las investigaciones en curso, como si no existiese una verdadera voluntad de esclarecer lo sucedido.

Trece días antes de que la comisión concluyese definitivamente sus trabajos, primero la Cámara, y luego el Senado aprobaron una ley que concedía a la administración McKinley un presupuesto “para la

defensa” de 50 000 000 de dólares. Se evidenciaba que ninguna conclusión de la Comisión Sampson podría torcer el rumbo de acontecimientos predeterminados. La última sesión investigadora tuvo lugar el 15 de marzo. Sicard comunicó a Long que cuatro días después los documentos finales de la comisión llegarían a Washington escoltados por los oficiales Holman, Blandin, Blow y por el constructor naval Hoover. Curiosamente, los tres primeros eran oficiales del *Maine*, y el segundo era el oficial de guardia del buque en el momento de su pérdida. Se hace difícil entender que oficiales bajo investigación fuesen escogidos para escoltar hasta la capital los documentos de la comisión que los investigaba.

El destino del teniente Blandin es singular. En la carta que escribió a su esposa, al día siguiente de la tragedia, se encuentran afirmaciones y se expresan temores capaces de alarmar a cualquier investigador: “No estoy herido —escribió—. Lo perdí todo, excepto la ropa que llevaba puesta [...]. Gracias a Dios, querida, salvé una vez más la vida [...]. Nadie puede decir cuál fue la causa de la explosión. No creo que los españoles hayan tenido algo que ver [...]. No publiques esta carta”.<sup>35</sup>

Blandín murió cinco meses después en el hospital psiquiátrico Sheppard-Pratt de Baltimore, institución médica privada, no la que podría haberse esperado que acogiera a un importante veterano de la Marina. Su obituario, publicado el 9 de julio de 1898, en la página nueve del *Brooklyn Eagle*, deja un saldo de más dudas que certezas sobre la muerte de un hombre que había reconocido por escrito no haber sufrido heridas en la explosión, aunque afirmaba haber sido golpeado en la cabeza por un cascote de cemento:

Baltimore, Md., julio 16: El teniente John J. Blandin, quien era el Oficial de Guardia la noche en que el crucero acorazado *Maine* estalló en la bahía de La Habana, murió al mediodía de hoy en el hospital Sheppard-Pratt de esta ciudad. Su muerte se debió a una meningitis provocada por el *shock* recibido cuando el *Maine* fue destruido.

Tras brindar testimonio ante la comisión investigadora en Cayo Hueso, fue asignado a la Oficina Hidrográfica de esta ciudad [...]. Desde su regreso, su familia y amigos habían notado un cambio en su estado de ánimo. No fue capaz de olvi-

dar el horror de aquella noche fatal [...] el 1º de julio tuvo un ataque y fue internado en el hospital. En su delirio retornaba constantemente a incidentes relacionados con la destrucción del buque, creyéndose en el puente de mando e impartiendo órdenes para rescatar a sus compañeros. La pasada semana dejó de reconocer a su esposa. Anoche los médicos perdieron toda esperanza [...].<sup>36</sup>

Blandin no fue el único sobreviviente del *Maine* muerto en extrañas circunstancias. Mucho se ha alabado la sangre fría del marine William Anthony, según Sigsbee, la persona que le comunicó en su camarote que el buque se hundía. Este soldado, ensalzado por la prensa de la época como paradigma de cumplimiento del deber, y que fue ascendido a sargento mayor a propuesta del propio Sigsbee, apareció envenenado un año y medio después en el Parque Central de New York. Es interesante notar que no fue un marino u oficial conocedor del buque, sino un marine, que formaba parte de una pequeña tropa de desembarco asignada temporalmente al *Maine*, el que transmitió la terrible noticia al capitán.

Otros oficiales sobrevivientes del *Maine* tuvieron mejor suerte, tan buena que podría pensarse que el destino, o quien tuviese suficiente poder para ello, se encargó de resarcirlos por los sufrimientos de aquella noche de pesadilla, o por las oscuras lealtades y servicios prestados.

El teniente George Preston Blow, uno de los primeros sureños admitidos en la Academia Naval tras la Guerra de Secesión, fue destinado en 1890 por el almirante Brown como ayudante de los reyes de Hawai, a todas luces una misión de inteligencia y probable preámbulo de las acciones que culminaron con la anexión del archipiélago a los Estados Unidos. Tras sobrevivir la explosión del *Maine* y escoltar los documentos de la Comisión Sampson hasta Washington, al estallar la guerra, fue ascendido a comandante y luego a capitán. Tuvo bajo su mando los buques *USS Potomac* y *USS Vulcan*, este último encargado de la delicada misión de intentar remolcar hasta los Estados Unidos, como botín de guerra, el buque español *Reina María Teresa*, capturado en Santiago de Cuba. Recibió también la tarea de fundar los buros hidrográficos de Chicago y Cleveland, centros que se vinculaban estrechamente a la ONI. Afortunado

inventor de un nuevo tipo de revólver y de las cargas de profundidad, ya en la vida civil presidió la poderosa compañía Westclock y fue director fundador de la Cámara Mundial de Comercio.

El teniente del Marine Corp, Albertus W. Catlin, comandaba el destacamento destinado al *Maine*, al que pertenecía William Anthony. Sobrevivió a la tragedia, y en 1911 ya ostentaba los grados de teniente coronel y se hallaba al frente del Primero de Marines, en Guantánamo, y luego del Tercero de Marines que desembarcó en Veracruz, donde, por sus acciones, recibió la Medalla de Honor del Congreso, la más alta distinción de su país. En 1918 ya había alcanzado las estrellas de general de brigada, y una vez más, se hallaba representando los intereses imperiales durante la ocupación de Haití.

El Dr. Lucien Heneberger, médico del *Maine*, había servido entre 1884 y 1887 a bordo del *USS Despatch* –fondeado en la bahía de Chesapeake–, frecuentemente utilizado por los presidentes, secretarios de la Marina y congresistas. En 1896 fue asignado al *Maine*, y al estallar la guerra, fue destinado al crucero auxiliar *USS St Paul*, un buque corsario encargado de acciones de inteligencia y operaciones que no podía acometer la Marina de los Estados Unidos, como el apresamiento frente a las costas de Santiago de Cuba del buque inglés *Restormel* que, procedente de Curazao, llevaba el carbón que, quizás, hubiera permitido la fuga hacia Cienfuegos de una parte de la escuadra de Cervera. El capitán del *USS St Paul* era Sigsbee. Más tarde, Heneberger fue nombrado comandante del Hospital Naval de Newport, Rhode Island, sin dudas, un puesto envidiable.

El capellán del *Maine*, John P. Chidwick, fue el tercer capellán católico que prestó sus servicios en la Marina de los Estados Unidos, a lo largo de 120 años, entre 1778 y 1898. Es curioso que haya sido destinado a un buque que viajaría a un país católico, aunque no existen evidencias que demuestren que la mayoría de los tripulantes o la oficialidad del buque haya tenido esa filiación religiosa. Tras la tragedia, fue rector del Seminario de la Archidiócesis de New York, y terminó sus días en 1935, tras haber presidido por once años el College of New Rochelle y haber sido rector de la Iglesia de Saint Agnes. Otra vida provechosa y bien recompensada por Dios.

El cadete Wat Tyler Cluverius se había graduado en 1896 en la Academia Naval. Tras la pérdida del *Maine* cumplió misiones en

las Antillas, Filipinas y México, siempre como disciplinado oficial del Imperio. En mayo de 1928 recibió los grados de contralmirante.

El teniente John Hood tenía ya en su haber, aquel fatídico 15 de febrero de 1898, el haber sobrevivido al naufragio del *Kearsage*, ocurrida el 21 de febrero de 1894, cerca de las costas de América Central en el Pacífico. Tras su segundo naufragio, fue nombrado comandante del *Hawk*. Durante la guerra con España fue encargado de mantener la comunicación entre la escuadra norteamericana que bloqueaba Cienfuegos y la que cumplía igual cometido en Santiago de Cuba. Entre 1899 y 1900 recibió la misión de preparar cartas náuticas para el tendido del cable del Pacífico. Entre 1907 y 1909, como comandante del *Tacoma*, sirvió de guardián imperial en Haití y América Central. Entre 1912 y 1915 fue miembro de la Junta General de la Marina, y entre 1915 y 1916 fue comandante del *Texas*. El 29 de agosto de 1916, por su extensa hoja de servicios, recibió los grados de contralmirante.

No se encuentran muchos datos sobre otros oficiales sobrevivientes del *Maine*, pero se sabe que al menos dos de ellos, los cadetes Amon Bronson y Arthur Crenshaw, graduados en 1896 de la Academia Naval, llegaron a comandar buques, el primero, el *USS Denver* y el *USS Saint Louis*; y el segundo, el *Schurz*. Bronson recibió la Cruz de la Marina durante la Primera Guerra Mundial, por servicios distinguidos. Es evidente que tampoco quedaron sin recompensas.

El destino, como puede apreciarse, no escatimó bondades con muchos de los 23 oficiales sobrevivientes del *Maine*. Entre ellos, no pocos fueron los que luego se distinguieron como servidores fieles del sistema que emergería de aquella guerra. ¿Las recompensas se debieron a esto último o a lo ocurrido en las aguas de la bahía habanera, en medio de aquella noche fatal de febrero?

En el libro del almirante “disidente”, aunque se fundamenta la hipótesis del accidente interno, no se descarta la posibilidad de que el *Maine* haya sido víctima de un ataque exterior. Se insinúa, por primera vez, una posible acción de elementos fuera del control de las autoridades españolas que, con métodos relativamente sencillos y utilizando su conocimiento de la bahía de La Habana, hayan podido burlar la vigilancia de norteamericanos y españoles, para lanzar una mina artesanal contra la embarcación. Como es lógico,



en este hipotético escenario la mayor responsabilidad se hace recaer sobre los independentistas cubanos, virtuales beneficiarios en caso de estallar una guerra entre las dos potencias.

Rickover escribe:

A la pregunta, ¿cómo, a pesar de todas las precauciones tomadas, pudo suceder la tragedia?, Sigsbee tenía dos respuestas: Una docena de hombres pudo ubicar la mina, a pesar de la vigilancia de sus hombres. Sin que fuese del conocimiento de las autoridades españolas, pudieron plantarla dentro de un barril, lastrado por un peso, en espera de que el viento dirigiese el buque en esa dirección y se produjese la colisión. Pero no descartaba tampoco la posibilidad de que la mina hubiera sido colocada antes de la llegada del buque [...]. Tal mina pudo haber sido controlada eléctricamente [...] incluso, alguien pudo tomar momentáneamente el control del dispositivo detonador en tierra.<sup>37</sup>

Las hipótesis de Sigsbee dejaban una puerta entreabierta para el caso de que fuese necesario buscar culpables fuera del buque. Se insinuaba que estos podrían hallarse entre elementos españoles partidarios de Weyler —y por tanto, enemigos jurados de la Autonomía—, y también entre cubanos partidarios de la independencia. Lo más interesante es que, por aquellos mismos días, un extraño personaje que bien hubiese podido servir como chivo expiatorio, se hallaba en La Habana, procedente, supuestamente, de las filas insurrectas.

En la biblioteca virtual que bajo el nombre de *makingofamérica* mantiene la Universidad de Cornell, puede hallarse un artículo titulado “Ten Months with the Cuban Insurgents”, escrito por Emory W. Fenn, quien se presentaba como “Mayor del ejército cubano”. Según su relato, partió de New York, y más tarde de la isla de San Salvador, en una expedición destinada a auxiliar a las fuerzas mambisas, a mediados de febrero de 1897. Desembarcó en la bahía de Banes, junto a un gran alijo de armas, municiones y dos cañones, que fueron transportados luego hasta el campamento del general Calixto García. La especialidad de Fenn eran los explosivos, y especialmente, los torpedos. Así describe su debut en nuestras lides independentistas, al

momento del desembarco: “Un pequeño bote fue echado al agua, la bahía fue explorada para asegurarnos de que el enemigo no se hallaba presente [...]. Unos torpedos fueron ubicados en el canal, conectados a la costa por cables eléctricos [...]”.<sup>38</sup>

Según lo narrado, la expedición que trajo a Cuba al Sr. Fenn fue la del *Laurada*, dirigida por los generales Carlos Roloff y Castillo Duany. En efecto, desembarcó por Mano de Pión, Oriente, el 21 de marzo de 1897 trayendo 37 combatientes, entre ellos, José Martí y Zayas Bazán, hijo del Apóstol. La descripción del alijo que aparece en el libro de César García del Pino *Expediciones de la Guerra de Independencia, 1895-1898*<sup>39</sup> coincide con la que hace el Sr. Fenn.

Tras describir detalladamente la organización militar y civil, así como la composición de las fuerzas cubanas, Fenn afirma que fue ascendido directamente a capitán por el general Calixto García, haciendo una importante revelación: “[...] fui nombrado jefe del departamento de torpedos, temporalmente adscrito al Estado Mayor del general Mariano Torres, comandante de la División de Holguín”.<sup>40</sup>

Las misiones que se asignaron al “Departamento de torpedos” estuvieron vinculadas a la destrucción de puentes y líneas férreas del enemigo. La pericia de Fenn le permitió fabricar bombas de bambú rellenas con algunas de las 3 000 libras de dinamita que confiesa haber introducido en Cuba, junto a “[...] abundante cantidad de cables eléctricos, baterías, etc”.<sup>41</sup> Las operaciones más exitosas en las que participó fueron la destrucción de tres puentes de la línea férrea, en la noche del 9 de junio de 1897; la completa destrucción de una locomotora, a milla y media de Gibara, el 6 de julio, utilizando para ello un viejo tanque de hierro usado para contener agua gaseosa, que relleno con 42 libras de dinamita; y por último, la demolición de dos puentes más, el 22 de julio.

Por su demostrado talento para labores de minado, Fenn dice haber sido llamado a participar en la toma de Victoria de las Tunas, a finales de agosto de 1897, luego de solicitar y ser autorizado a visitar en Camagüey la sede del Gobierno de la República en Armas. El 23 de enero de 1898, dos días antes del arribo del *Maine* a la bahía de La Habana, Fenn revela que “[...] recibió del general Calixto García un pase para visitar al Gobierno cubano, con el objetivo de solicitar pasaporte y poder regresar a los Estados Unidos, para arreglar

algunos asuntos personales”.<sup>42</sup> Luego de ser autorizado, abandonó solo el campamento de Calixto García, en Mejías, pero fue detenido por una tropa española el 25 de febrero, al intentar cruzar el camino entre Báguano y Holguín. Curiosamente, no opuso resistencia, a pesar de estar armado, ni fue asesinado, como ocurría frecuentemente con quienes eran sorprendidos en descampado y con las armas en la mano, máxime si el jefe de la tropa que lo detuvo era el valiente, pero sanguinario general Joaquín Vara del Rey.

Entregado al general Linares, Fenn fue considerado prisionero de guerra, y al ser revisadas sus ropas se hallaron cartas de oficiales del general Calixto García destinadas a amigos en los Estados Unidos y el pase otorgado por este. Nada de ello agravó, inexplicablemente, su situación. De Holguín fue enviado bajo custodia a La Habana, con la orden expresa de permitirle regresar a los Estados Unidos. Este relato, que linda con lo increíble, para todo el que conozca la historia de las guerras de independencia en Cuba, termina de manera abrupta, dejando en el aire importantes interrogantes: “[Al llegar a La Habana] el general Fitzhugh Lee me suministró un pasaporte y mi pasaje [...]”.<sup>43</sup>

El relato de Fenn no aclara la fecha en que regresó a los Estados Unidos. No es desacabellado pensar que para mediados de febrero de 1898, se hallaba a disposición del general Lee en La Habana un experto en minas y torpedos que, supuestamente, ostentaba el grado de mayor del ejército cubano y procedía de sus filas. Para cualquier eventualidad, este creativo experto podía servir como cabeza de turco, en una operación planificada para desviar la atención y las investigaciones hacia el lado deseado, haciendo recaer en los independentistas la culpa de la tragedia. Algo muy similar se intentó hacer, muchos años después, cuando Lee Harvey Oswald, el pretendido asesino de Kennedy, pidió asilo político en la Unión Soviética, se casó con una ciudadana de ese país e intentó recibir visas para visitar Cuba, antes de verse involucrado en el magnicidio de Dallas. No debe extrañar a nadie que, en los primeros momentos después del crimen, se halla tratado de acusar a Cuba y a la Unión Soviética de estar detrás de la conspiración.

Otro punto polémico alrededor de la destrucción del *Maine* radica en la determinación exacta de las víctimas fatales que causó, y el lugar donde fueron enterradas.

En medio de tantas contradicciones y dudas, no se trata de otro asunto pendiente. De su esclarecimiento depende también la determinación definitiva de la causa de la explosión, porque, a fin de cuentas, ¿quién puede decir con exactitud, sin contar a quienes difundieron y defendieron las versiones oficiales de la Marina y el Gobierno de los Estados Unidos, cuántos hombres estaban a bordo del buque a las 9.40 pm el 15 de febrero de 1898? ¿Cuántos habían arribado a la bahía de La Habana el 25 de febrero? ¿Cuántos, verdaderamente, resultaron muertos?

Un mar de contradicciones espera a quienes se aventuren por este laberinto de versiones diversas y asombrosas. Es necesario recordar que al arribar el buque a la bahía habanera Sigsbee no pudo, o no quiso, presentar a las autoridades españolas los documentos establecidos para estos casos. Tampoco se realizaron las inspecciones de rigor a bordo. A nadie debe asombrar que la sombra de la duda continúe cubriendo, hasta nuestros días, este aspecto del problema. Los listados de la tripulación que pueden consultarse en numerosas páginas web de Internet no incluyen la fuente de donde fueron tomados, ni están avalados por registros comprobables por investigadores o autoridades independientes. En rigor, ¿pudo o no haber arribado el *Maine* a puerto con una tripulación reducida, la estrictamente necesaria para afrontar el “accidente” que, según el propio Rickover, se sospechaba que podía ocurrir? ¿Pudieron, o no, haberse evacuado los tripulantes superfluos del *Maine* discretamente, a bordo del *Cushing*, o de los buques de la Ward Line o del Plant System que durante los 21 días que estuvo fondeado en La Habana viajaron entre esta ciudad y puertos norteamericanos, según sus itinerarios habituales?

Vale recordar que el Plant System –que incluía a buques de pasajeros como el *Olivette*, el *Mascotte* o el *Florida*–, unía La Habana con Tampa, Cayo Hueso, Mobile y otros puertos de los Estados Unidos, y también con las líneas domésticas de ferrocarril. Su dueño era el millonario Henry Bradley Plant, al que pertenecía el hotel Tampa Bay, donde se alojarían los oficiales del Quinto Cuerpo que, al mando del general William R. Shafter, invadiría Cuba, y por su línea de ferrocarril y por su muelle, en el puerto de Tampa, se embarcarían, no sin grandes angustias, las tropas, el armamento y los suministros de ese mismo Cuerpo. Las relaciones de Plant con los políticos de

Washington eran sumamente estrechas: Plant gozaba de absoluta confianza en los círculos visibles e invisibles del poder y era capaz de secundar cualquier acción gracias a la cual se beneficiasen sus amigos, y por supuesto, él mismo, como ocurrió con la guerra contra España.

Las últimas versiones acerca de las víctimas y los sobrevivientes del *Maine*, como por ejemplo la que aparece en *www.homeof-heroes.com*, reducen a 260 las víctimas, seis menos de las que tradicionalmente se reconocían, de ellas, dos oficiales, 222 marinos y 28 marines, a los que deben sumarse otros ocho marinos heridos, rescatados de las aguas, que murieron posteriormente. Nadie ha explicado cómo pudo ocurrir esa inexactitud en el conteo de las víctimas, ni cómo se mantuvo el error durante tanto tiempo, si se supone que los listados conocidos de la tripulación eran exactos. Estas mismas versiones contabilizan 95 sobrevivientes, precisando que, de ellos, 59 resultaron heridos. Entre los sobrevivientes se encontraban 23 oficiales de la Marina, un oficial de marines, 60 marinos y once marines.

Llama la atención que los dos oficiales muertos en el *Maine* eran originarios del mismo sitio: Montgomery County, en Iowa; uno, el teniente Friend W. Jenkins, de la graduación de 1886, y el otro, el asistente de máquinas Darwin R. Merrit, de la de 1895. Como en el caso del alférez Breckenridge, Merrit era un destacado atleta, que llegó a entrenador del equipo de fútbol del *Indiana*, y concluyó tercero en el escalafón, entre 84 compañeros de clase. Se encontraba junto al timón de la nave al momento de la tragedia, leyendo, según el cadete David F. Boyd, el último que declaró haberlo visto con vida. Otro de sus compañeros de Academia, el alférez W. S. Crosley, al enviarle el pésame a su padre, lo caracterizó de la siguiente manera: “Era el favorito de los superiores por su profesionalidad, camaradería y fidelidad. Un oficial de alto rango, bajo cuyo mando estuvo su hijo, me dijo que prefería tener a Merrit a cargo de las máquinas, antes que al resto de los maquinistas [...]”.<sup>44</sup>

El propio capellán John P. Chidwick, en carta a la familia de Merrit para comunicarle que aún no se había recuperado el cuerpo de ambos oficiales (luego aparecería el de Jenkins), se sentía obligado a expresar: “Puedo asegurales que su conducta a bordo fue irreprochable”.<sup>45</sup>

Se afirma que en las 48 horas que siguieron a la explosión, se recuperaron 19 cadáveres, y que estos fueron enterrados, tras una ceremonia pública, en el Cementerio de Colón. Tampoco en este punto las dudas dejan descansar a las versiones oficiales, haciéndolas tambalearse.

En el número dedicado al centenario de la explosión del *Maine* del boletín *Ciudad de Mármol* que edita el Equipo Técnico de Historia, Conservación e Informática del Cementerio de Colón, en La Habana, fue publicado un artículo de Edith Monterde Orejón, especialista principal de la necrópolis, titulado “Despejando incógnitas”, que pone en entredicho las versiones oficiales acerca de las víctimas que fueron enterradas en suelo cubano, y de paso, la veracidad de lo afirmado al respecto, con sospechosa seguridad y exactitud, por Sigsbee en su libro *The Maine: an account of the destruction in Havana Harbor* (New York. The Century, 1899).

No cabe duda de que un entierro de víctimas tuvo lugar, tal y como puede comprobarse por las fotografías y periódicos de la época—algunas de las cuales se conservan en la colección de la Biblioteca Nacional José Martí—, y que se efectuó en terrenos cedidos al efecto por el Obispado.

“La primera gran sorpresa —afirma Monterde— fue comprobar que en el Libro de entierros del Archivo de dicho recinto no se habían asentado ninguno de los fallecidos de la catástrofe”.<sup>46</sup>

Existe una abultada correspondencia sobre este particular entre el capellán del Cementerio de Colón, Ambrosio Bueno, y las autoridades eclesiásticas y gubernativas, que abarca los meses de marzo a junio de 1898. El intercambio estaba motivado por las costantes reclamaciones del primero para que se cumpliera la ley en lo referido a asentar en los Libros de enterramientos las generales de 146 víctimas del *Maine* enterradas en ese recinto. “Según consta en la documentación —dice Monterde— al camposanto colombino solo se habían remitido las 7 boletas de los fallecidos en el Hospital Militar de San Ambrosio [...]”,<sup>47</sup> que tampoco fueron asentadas.

Las boletas en cuestión certifican el fallecimiento de cuatro mariners (uno sueco, uno alemán, uno noruego y uno de California), de un carbonero, de un patrón de bote y de un aprendiz de primera clase, todas ocurridas entre el 18 y el 25 de febrero, por

lo que deben ser casi todos los heridos que se dieron por fallecidos posteriormente.

En carta del 22 de marzo de 1898 del capellán Bueno al Obispo, remitida luego por este al Gobernador de la ciudad con fecha 22 de mayo, se puede leer que:

[...] de los 153 cadáveres inhumados en este cementerio víctimas de la catástrofe del acorazado americano *Maine*, solo han sido remitidas a esta Capellanía siete licencias del Juez Municipal del Distrito de Jesús María, de los fallecidos en el Hospital Militar de San Ambrosio, y como quiera que para el asiento en los libros correspondientes de los 146 restantes se hace necesario saber sus nombres y apellidos, el capellán que suscribe ruega humildemente a VEI\* y Reverendísima se digne disponer lo que crea más conveniente sobre este particular.<sup>48</sup>

Es extraño que las fuentes norteamericanas continúen reconociendo hasta hoy que fueron muy pocos los cadáveres que se recuperaron, inmediatamente después de la explosión y el hundimiento del *Maine*. Las afirmaciones del capellán Bueno, un mes después, atestiguan que, sin contar los fallecidos en el hospital de San Ambrosio, se habían enterrado 146 cuerpos, cuyas boletas jamás llegarían para ser asentadas en el Libro de enterramientos de Colón, a pesar de instrucciones cursadas el 19 de julio de aquel mismo año.

Pero más extraño aún es constatar el siguiente hecho, hacia el que que Monterde, con justeza y sagacidad llama nuestra atención: “Curiosamente, el comandante del acorazado, Charles D. Sigsbee, en su libro incluye un listado pormenorizado en el que consigna 166 sepultados en 151 ataúdes, detallando hilera y fosa en cada caso”.<sup>49</sup>

De la constatación de este hecho se puede deducir que Sigsbee en su libro, al detallar tan exactamente el número de fallecidos y la ubicación de su sepultura en La Habana, estaba indicando a la opinión pública y a la historia la versión oficial de los hechos que sus jefes y su gobierno querían que se tomara como fidedigna. Si

\* Vuestra Excelencia Ilustrísima.

la aceptamos, no queda claro cómo se llegó a la cifra de fallecidos que hoy se da como última y probada, la de 260, o lo que es lo mismo, cómo se comprueba que los 94 nombres restantes fueron realmente enterrados en La Habana o en cualquier otro sitio, o cuándo y cómo se encontraron y recuperaron sus cuerpos.

Hasta el momento, todos los datos de los tripulantes a bordo del *Maine* en el momento del siniestro, así como de las víctimas y sobrevivientes han sido aportados por las mismas fuentes interesadas en que se tome por buena su versión, sin pruebas documentales complementarias o de otra índole. Los investigadores que han abordado la cuestión, incluyendo a Rickover, no lo han cuestionado. Pero si se cuestiona, ¿quién podría probarlo?

Según Agustín Remesal en *El enigma del Maine*, al rescatar del fondo de la bahía habanera lo que quedaba del buque, labor que se efectuó entre 1910 y 1911, “Los restos recuperados de 64 tripulantes se depositaron en un almacén portuario de La Cabaña hasta que fueron solemnemente repatriados y recibieron sepultura definitiva, el 23 de marzo en el cementerio militar de Arlington”.<sup>50</sup> Si concedemos que así ocurrió, y sumamos estos 64 nombres a la lista de las víctimas que Sigsbee dice fueron enterrados en La Habana, faltarían aún 36 para alcanzar la cifra generalmente aceptada en nuestros días. ¿Por qué?

Tantas contradicciones y dudas no pueden menos que llevarnos a tomar con escepticismo las versiones oficiales o semioficiales que han intentado cerrar para siempre las investigaciones alrededor del *Maine*. Hasta hoy, transcurridos 106 años, la última palabra no ha sido dicha, y cada día se abre paso, con mayor fuerza, la percepción de que una conspiración de fuerzas expansionistas e imperiales jugó con esa ficha en el tablero de la geopolítica finisecular, sin detenerse a pensar en cuestiones tan nimias, como la moral o los costos humanos de la explosión y de la guerra que desataría.

Para resumir los ánimos imperiales que por aquellos días trabajaban sin descanso a la luz pública, y sobre todo en secreto, y para caracterizar el fundamentalismo mesiánico que constituía, y sigue constituyendo, la coartada ideológica de todo imperio que aspire a la eternidad, mientras tapa sus vergüenzas con la hoja de parra de las “lecciones de la historia”, el cumplimiento de las “leyes inexorables



del darwinismo social”, o la predestinación, está la figura infatigable y la prédica brillante de Albert Jeremiah Beveridge, historiador, senador republicano por Indiana, y compinche de Roosevelt. En la introducción de su discurso ante el 56 Congreso, conocido como “En apoyo del Imperio Americano”, plantea:

Sr. Presidente: Estos tiempos exigen franqueza. Las Filipinas son, para siempre, “territorio perteneciente a los Estados Unidos”, como la Constitución lo califica. Y más allá de Filipinas están los mercados infinitos de China. No debemos retirarnos de allí; no debemos repudiar el cumplimiento de nuestro deber en el archipiélago; no debemos desperdiciar esta oportunidad en el Oriente. No renunciaremos a cumplir la parte que nos corresponde dentro de la misión que toca a nuestra raza: ser garante de los planes divinos de civilización mundial. Seguiremos adelante con esta tarea, no quejándonos como esclavos, por tener que llevar tan pesada carga, sino expresando gratitud al Todopoderoso por la misión encomendada, y por habernos elegido como pueblo, encargándonos de guiar la regeneración del mundo.<sup>51</sup>

Estas palabras suenan como los discursos recientes pronunciados en el mismo recinto.

Nada le ha dado mayor relieve y vigencia que el 11 de septiembre de 2001.

Un respetable *average*:  
cinco incidentes, cuatro guerras

Un periodista de Diamond Bar, California, llamado Bill Sardi publicó en una página web de Internet, el 16 de octubre de 2000, un interesante artículo bajo el título de “Remember the *Maine*! And the other Ships Sunk to Start a War”. Su tesis central era sumamente sencilla, y por lo tanto, difícil de refutar: desde el 15 de febrero de 1898, con el hundimiento del *Maine*, comienza a utilizarse en la política exterior norteamericana un método pragmático e inmoral que consiste en poner la mejilla al alcance del oponente, en el momento y lugar exactos, con tal de que aparezcan justificadas sus

acciones ulteriores. De esta manera, lo que son, en rigor, acciones ofensivas, agresivas y expansionistas, quedan, a los ojos de la opinión pública mundial, y sobre todo, de los propios Estados Unidos, como acciones defensivas, ineludibles y de autodefensa.

La enumeración que hace Sardi de los buques hundidos o atacados por “el enemigo” que han servido para mantener viva esta tradición tan norteamericana como la mantequilla de maní o las pistolas pegadas con cinta adhesiva al fondo de la mesa de la cocina, es realmente impresionante, y llega hasta el 12 de octubre de 2000, cuando una lancha cargada con explosivos puso al borde del colapso al destroyer *USS Cole*, fondeado en el puerto de Adén, y causó 18 muertos y 35 heridos entre la tripulación.

Las fechas que nos refresca el artículo de Sardi, y los hechos con ellas asociadas, entre el *USS Maine* y el *USS Cole*, son las siguientes:

- 7 de mayo de 1915: Hundimiento del buque inglés de pasajeros *Lusitania* por un submarino alemán, y con ello, la muerte de más de 100 pasajeros norteamericanos, lo cual forzó la entrada de los Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial.
- 7 de diciembre de 1941: Ataque japonés a Pearl Harbor, que provocó el hundimiento de la Flota del Pacífico y la muerte de más de 2 000 soldados, oficiales y marinos norteamericanos, justificando al gobierno del presidente Roosevelt por declarar la guerra a Japón y entrar a la Segunda Guerra Mundial.
- 5 de agosto de 1964: Tras un confuso incidente entre buques norteamericanos y norvietnamitas, ocurrido el día anterior en el golfo de Tonkín, el presidente Johnson ordenó acciones de castigo aéreo contra objetivos en territorio de este último país, ante la alegada “reanudación de los ataques contra los *destroyers* americanos”. Como resultado, se produjo una escalada de las acciones, y la guerra en la península indochina entró en su fase más terrible y destructiva.<sup>52</sup>

Cinco incidentes navales cuenta Sardi, de los cuales resultó el involucramiento norteamericano en cuatro guerras. Si no constituye un récord, es, al menos, un buen *average*. El último, el del *USS Cole*, no concluyó en una guerra, pero, en palabras de Sardi

pudo haberlo hecho pues, “[...] ocurrió en vísperas del debate presidencial, y bajo el rumor de que Iraq movía sus tropas en el Medio Oriente [...]. Benjamín Netanyahu, entonces primer ministro de Israel, dijo durante una entrevista en la televisión de su país, que los mismos que dirigían el terrorismo en Jerusalem eran los responsables del ataque al *USS Cole*”.<sup>53</sup>

Todo suena muy conocido, ¿verdad?, como si se tratase de un ensayo general, un prelude de los ataques del 11 de septiembre de 2001, y las guerras de Afganistán e Iraq. Sardi lo dice expresamente, once meses antes de que ocurrieran estas tragedias: “No permitamos que se nos arrastre a una guerra sobre la base de los reportes desde países lejanos sobre bombas en los buques de la Marina de los Estados Unidos; no mientras las noticias acerca de tales sucesos sigan completamente controladas por el gobierno de los Estados Unidos: ¡Remember the *Maine!*”.<sup>54</sup>

Las dudas y la alerta de Sardi no son gratuitas.

Es cierto que el 7 de mayo de 1915 el teniente comandante del submarino alemán *U-20*, Walter Schweiger, ordenó disparar un torpedo contra el *Lusitania*, y que debido a una segunda explosión inesperada que tuvo lugar en el interior del buque, este se hundió en apenas 18 minutos, lo que causó la muerte de 1 201 personas, entre ellas 123 norteamericanos. Pero también es cierto que existía un estado de guerra entre Inglaterra y Alemania “[...] y el gobierno alemán había hecho serias advertencias a los norteamericanos acerca de que los buques británicos serían objeto de ataque”.<sup>55</sup>

Cerca de las dos de la tarde del día de la tragedia, de forma sorpresiva, el *Lusitania* cambió de rumbo, y puso proa al norte, hacia el Mar de Irlanda. “El propio capitán del submarino [...] se sorprendió de que el *Lusitania* se aventurase por esos mares, pues el día antes había hundido dos buques británicos en esa misma zona”.<sup>56</sup>

El gobierno alemán alegó, después del suceso, “[...] que el *Lusitania* era, en la práctica, un buque de guerra que conducía soldados canadienses y municiones. Su buque gemelo, el *Mauritania*, había sido transformado para el servicio naval, y los planes para ambos buques contemplaban la instalación de 12 cañones de seis pulgadas en cada uno”.<sup>57</sup>

La segunda explosión, la decisiva, según algunos historiadores, se debió a que el *Lusitania* “[...] transportaba de manera encubier-

ta, disimuladas en cajas de queso, municiones de artillería de tres pulgadas y un millón de cartuchos de rifle, lo que era, de hecho, el contrabando de una carga prohibida por las leyes norteamericanas, y nunca debió transportarse en un buque de pasajeros”.<sup>58</sup>

Por último, William Turner, el capitán del *Lusitania* “[...] ignoró todas las directivas del almirantazgo para evadir los submarinos alemanes: navegaba demasiado cerca de las costas de Irlanda, donde los submarinos enemigos pululaban [...] y lo hacía a una velocidad inferior a la máxima que podía desarrollar, y no de manera zigzagueante [...]”.<sup>59</sup>

Tantas torpezas y contradicciones nos hacen pensar en un escenario muy similar, que tuvo lugar 96 años después, en territorio continental de los Estados Unidos y que provocó el mismo efecto.

Lo sucedido el 7 de diciembre de 1941 en Pearl Harbor, Hawai, es bastante conocido, pero no lo son tanto los siguientes detalles:

- Desde 1924 existía un programa bajo la supervisión del director de Comunicaciones Navales de los Estados Unidos, conocido como OP-20, que se nutría de datos de inteligencia colectados a partir de radioescuchas y comunicaciones provenientes de fuentes diplomáticas y comerciales. Desde 1937 existía una pequeña, pero efectiva fuerza de inteligencia (OP-20-G) que desarrollaba una labor de criptoanálisis capaz de interceptar y descifrar los códigos secretos de otras potencias, entre ellas, Japón.

Las conclusiones a las que arribó la Comisión congressional creada para investigar las causas del desastre de Pearl Harbor, presidida por el senador Alben W. Barkley, muestran que, con anterioridad al ataque, los criptoanalistas de la Marina de los Estados Unidos habían interceptado miles de despachos japoneses. En total, sin precisar fechas, la Marina de los Estados Unidos interceptó 26 581 despachos japoneses. Entre los errores cometidos por los Departamentos de Inteligencia del Ejército y la Marina de los Estados Unidos, la comisión consideró:

[...] no brindar una atención cuidadosa a los despachos interceptados entre Tokio y Honolulu, sobre todo los correspondientes al 24 de septiembre, el 15, y el 20 de noviembre

de 1941. Desde el momento que esos despachos indicaban un interés particular hacia la Flota del Pacífico [fondeada en Pearl Harbor], la inteligencia debió haber suministrado al mando de Hawai esas informaciones.<sup>60</sup>

Como consecuencia de estos errores, la Comisión concluyó que “[...] ni el Ejército ni la Marina habían sido lo suficientemente alertados ni el 6 ni el 7 de diciembre de 1941, acerca de la inminencia de la guerra”.<sup>61</sup>

Es difícil aceptar la anterior conclusión, cuando se lee el siguiente despacho japonés del 20 de noviembre de 1941: “A las 00:00 del 21 de noviembre, repito, del 21 de noviembre, entrar en la segunda fase de la preparación para iniciar las hostilidades”.<sup>62</sup> Intentando justificar la escandalosa desatención a estas señales, así como las conclusiones de la comisión congresional, el Centro Histórico Naval, en su análisis sobre Pearl Harbor, afirma que “[...] estos mensajes no fueron decodificados hasta una fecha situada entre septiembre de 1945 y mayo de 1946”,<sup>63</sup> precisamente, cuando ya no eran necesarias las traducciones, pues la guerra había concluido.

A la importante pregunta que se formula en el párrafo 253 de las conclusiones de la Comisión congresional, esta no logró hallarle una respuesta convincente. La pregunta, que parece extraída de documentos similares de la comisión investigadora del 11 de septiembre de 2001, es:

¿Cómo, a pesar de contar con uno de los mejores acopios de inteligencia en toda nuestra historia; con la absoluta certeza de que la guerra estaba cerca; con planes para contrarrestar el tipo preciso de ataque que fuera ejecutado por Japón, en la mañana del 7 de diciembre de 1941, cómo pudo ocurrir lo que ocurrió en Pearl Harbor?<sup>64</sup>

Para tener una idea exacta de cómo la Marina de los Estados Unidos monitoreaba y descifraba las comunicaciones de la Marina japonesa, baste decir que, entre 1930 y 1935, cuatro estaciones (Guam, Olongapo, Pekín y Los Banitos), y dos buques (*USS Goldstar* y *USS Augusta*, buque insignia de la Flota del Pacífico)

se dedicaban íntegramente a esta tarea. Téngase en cuenta que, para entonces, no existían las amenazas de guerra que eran muy claras en 1941.

Como se haría luego costumbre, las conclusiones de la comisión congresional de turno, basadas en un cúmulo impresionante de evidencias y datos fidedignos, terminaron decepcionando a muchos y diluyendo las responsabilidades en afirmaciones como la siguiente:

El desastre de Pearl Harbor evidenció el fallo de las medidas del Ejército y la Marina a la hora de detectar la aproximación de una fuerza hostil, en adoptar las medidas adecuadas en un momento en que la guerra era inminente; y en no emplear todas las posibilidades puestas a su disposición para repeler el ataque japonés.<sup>65</sup>

Por el contrario, se afirma que:

[...] el comité no halló evidencias que apoyen las acusaciones de que el Presidente, el Secretario de Estado, el Secretario de la Guerra, o de la Marina hayan provocado, incitado, o coadyuvado a que el Japón atacase a la nación, para facilitar que el Congreso aprobase una declaración de guerra [...].<sup>66</sup>

Unas declaraciones del almirante Kimmel –quien estaba al mando de la Flota del Pacífico aquel fatídico día y al que se tomó después como chivo expiatorio (fue retirado forzosamente del servicio al año siguiente)–, caracterizan de manera inequívoca lo sucedido:

Creo que al general Short y a mí no se nos brindó toda la información disponible en Washington para impedir el ataque, porque había el temor de que tal acción en Hawai pudiese disuadir a los japoneses de atacar. Nuestro Presidente había dicho reiteradamente a los norteamericanos que el país no entraría en la guerra, a menos que fuese atacado. El ataque japonés a la flota puso a los Estados Unidos en pie de guerra, y contó con el respaldo pleno del pueblo.<sup>67</sup>

El incidente del golfo de Tonkín, citado también por Sardi, merece otras precisiones:

Desde el 2 de agosto de 1964, los destroyers norteamericanos *Maddox* y *C. Turner Joy*, junto al portaviones *USS Ticonderoga* se hallaban en el golfo de Tonkín, que separa la costa este, de lo que era entonces Vietnam del Norte, y la costa oeste de la isla de Hainan.

El *Maddox*, lejos de hallarse en una misión de rutina, realizaba lo que los periodistas Jeff Cohen y Norman Solomon calificaron como:

[...] maniobras agresivas de recolección de inteligencia (sobre los radares y las defensas costeras) coordinadas con ataques a Vietnam del Norte por parte de la Marina de Vietnam del Sur y la Fuerza Aérea laosiana. El día antes [del incidente], dos ataques contra Vietnam del Norte habían tenido lugar, en el marco de la política de los Estados Unidos de incrementar la presión sobre ese país, comenzada desde los primeros meses de 1964.<sup>68</sup>

Según la versión oficial norteamericana, que recorrió al mundo, y recogió, por ejemplo, la revista *Times*, el 4 de agosto, “[...] viniendo desde el oeste y el sur, y aprovechando la oscuridad, al menos seis cañoneras norvietnamitas de fabricación rusa, con cañones de 37 y 28 mm, abrieron fuego sobre los destroyers a una distancia de 2 000 yardas [...]. Dos de ellas fueron hundidas”.<sup>69</sup> De más está decir que esta versión se impuso a través del monopolio mediático del país supuestamente agredido.

En la noche de ese mismo día, el Pentágono proclamó que “[...] un segundo ataque de Vietnam del Norte había tenido lugar”.<sup>70</sup>

El 5 de agosto el presidente Johnson envió un mensaje al Congreso en el cual declaraba:

Anoché comuniqué al pueblo norteamericano que el régimen de Vietnam del Norte había atacado una vez más, deliberadamente, a buques de guerra de los Estados Unidos que operaban en aguas internacionales, y que había ordenado acciones aéreas contra las cañoneras y las bases navales

relacionadas con la agresión. Esa acción aérea se lleva a cabo en estos momentos y ha causado ya daños sustanciales. Dos aviones de los Estados Unidos se perdieron en la acción [...]. Nuestro propósito es pacífico. No tenemos ambiciones territoriales, políticas, ni militares en el área.

Esta no es una simple guerra en la jungla, sino una lucha por la libertad en cada frente de la actividad humana. Nuestra asistencia económica y militar a Vietnam del Sur y Laos tiene el propósito de ayudar a esos países a repeler la agresión y preservar su independencia.<sup>71</sup>

- El 7 de agosto de 1964 una Resolución Conjunta del Congreso, a pedido del Presidente, fue aprobada por 414 votos a favor y ninguno en contra, en la Cámara, y 88 votos contra dos, en el Senado. Esta Resolución proclamaba, en algunas de sus partes: “El Congreso aprueba y apoya la determinación del Presidente, como comandante en jefe, de tomar todas las medidas necesarias para repeler cualquier ataque armado contra las fuerzas de los Estados Unidos, y para prevenir futuras agresiones”,<sup>72</sup> y también que:

Los Estados Unidos consideran como vital a su interés nacional el mantenimiento de la paz mundial y la seguridad en el Sudeste de Asia [...]. Los Estados Unidos están preparados, cuando el Presidente lo determine, para tomar todas las medidas, incluido el uso de la fuerza armada, para asistir a los países signatarios del Protocolo de Defensa Colectiva del Sudeste de Asia que necesiten ayuda para defender su libertad.

Esta Resolución debe expirar cuando el Presidente determine que la paz y la seguridad del área están suficientemente aseguradas por las condiciones internacionales creadas por la ONU, excepto si esto es determinado con antelación por otra Resolución apropiada del Congreso.<sup>73</sup>

Treinta años después, la verdad sobre lo ocurrido en el golfo de Tonkín –causa de la muerte de cerca de 64 000 norteamericanos y 4 000 000 de vietnamitas–, ha aflorado, poniendo en gran aprieto la fórmula tradicional para condenar a las víctimas



y pulverizarlas en nombre de la defensa propia. Y esto ocurre en momentos en que, una vez más y con escasa imaginación y abundante chapucería, acaba de demostrar el Imperio que enfrenta una bancarrota de sus fórmulas tradicionales para justificar sus agresiones, un desgaste de su discurso y una crisis de creatividad y pensamiento.

Veamos algunas de las verdades escamoteadas a la opinión pública mundial y de los propios Estados Unidos hace 30 años:

- James Stockdale, un piloto de la Marina que participó en la “defensa” de los *destroyers Maddox* y *Turner Joy* aquel día de agosto, y que luego fuera derribado sobre Vietnam y pasó ocho años de su vida como prisionero de guerra, escribió, veinte años después en su libro *In Love and War*: “Yo tenía el mejor asiento de la casa para ver el evento, y nuestros *destroyers* estaban disparando contra blancos fantasmas: no había cañoneras enemigas allí; no había nada, excepto, el agua oscura y los disparos norteamericanos”.<sup>74</sup>
- Desde los primeros meses de 1964, la administración Johnson había aprobado y puesto en vigor un programa de operaciones encubiertas, navales y terrestres, que involucraba a fuerzas de los Estados Unidos. El Plan Operativo 34-A dirigido contra Vietnam del Norte, perseguía la creación de un conflicto, real o ficticio, que les permitiese involucrarse en el trance. El lunes 3 de agosto de 1964, Johnson lo reconoció en privado, según grabaciones de la Casa Blanca que cita Bob Richter: “Algunas operaciones encubiertas nuestras habían tenido lugar en esa área (golfo de Tonkín), entre ellas, la voladura de puentes y cosas similares, así que imagino que los norvietnamitas deseaban ponerles fin”.<sup>75</sup>

Daniell Hallin en su libro *The Uncensored War*, citado por Cohen y Solomon, reconoce que “[...] mucha información disponible, que contradecía la versión oficial sobre el incidente, no fue utilizada”,<sup>76</sup> y que la ausencia de puntos de vista independientes permitió que la “Resolución sobre el golfo de Tonkín” fuese aprobada casi por unanimidad en el Congreso.

James Bamford en su artículo “The Gulf of Tonkin Incident, Operation Northwoods, and Iraq”, cita a George Ball, por en-

tonces subsecretario de Estado, quien confirmó que todo el incidente fue fabricado para provocar la guerra:

Mucha gente que estaba asociada con la guerra buscaba una excusa para iniciar los bombardeos [...]. El envío de un *destroyer* al golfo de Tonkín fue, inicialmente, con fines de provocación [...]. Se sabía que si el *destroyer* sufría algún tipo de problema, esa sería la provocación que se necesitaba.<sup>77</sup>

– En los documentos del Pentágono (edición Gravel, volumen 3, pp. 517-518), se recogen las “Reglas de Combate” aprobadas para las fuerzas norteamericanas, tras el supuesto incidente del golfo de Tonkín, y que entraron en vigor el 5 de agosto de 1964. En ellas se consagran las mentiras utilizadas para engañar a la opinión pública mundial, solo que esta vez perseguían embaucar a sus propias fuerzas armadas. Las “Reglas...” establecían tres situaciones que, de producirse, debían provocar respuestas de “defensa, persecución y destrucción” de objetivos norvietnamitas. Tales situaciones, por definición, partían de una supuesta certeza acerca del carácter agresor de los norvietnamitas y, en consecuencia, de hacerlos responsables por las ineludibles respuestas norteamericanas. Las situaciones previsibles eran:

- a) Ataques no provocados de naves hostiles contra navíos que se encuentren en aguas internacionales.
- b) Ataques no provocados de aviones hostiles contra aviones, naves o personal de los Estados Unidos.
- c) Sobrevuelo del espacio aéreo de la RVN\* por aviones hostiles.<sup>78</sup>

Un “Comentario general” se adicionaba a las “Reglas...”. En él se establecía el mecanismo preciso para provocar la tan anhelada escalada bélica:

A las fuerzas hostiles que inicien ataques no provocados contra nuestras fuerzas, sea en alta mar o desde la costa,

\* República de Vietnam del Norte.

no se les debe permitir regresar a sus santuarios, desde donde podrían repetirlos. La mejor manera de impedir que tales ataques se repitan es persiguiendo y destruyendo a los atacantes. Tales acciones no deberán ser consideradas punitivas *per se*, sino de carácter elementalmente defensivo. Para su autodefensa y protección las fuerzas armadas de los Estados Unidos están autorizadas a llevar a cabo, de manera inmediata, acciones de persecución ilimitadas.<sup>79</sup>

Las consecuencias de la entrada en vigor de semejantes órdenes no eran difíciles de prever. La escalada de la guerra estaba en marcha. La hoja de parra de la autodefensa norteamericana colgaba, pudorosamente, sobre las vergüenzas que debían ser ocultadas. Los agresores norvietnamitas serían debidamente castigados.

El trauma nacional que provocó en la conciencia de los Estados Unidos la agresión y la derrota en Vietnam, mantuvo en bajo perfil los planes guerreristas del complejo militar industrial, de las grandes corporaciones oligárquicas y de sus voceros en los poderes ejecutivo y legislativo del país, hasta el 11 de septiembre de 2001.

## El 11 de septiembre de 2001 o el ocaso del ingenio imperial

Tanto se han repetido las imágenes de los aviones secuestrados por terroristas islámicos impactando los edificios del World Trade Center, que Michael Moore se abstuvo de utilizarlas en *Fahrenheit 9/11*, documental realizado, precisamente, para analizar, a profundidad, las raíces de lo ocurrido ese día.

A Moore le bastó proyectar ante los espectadores de su film, en cámara lenta y con audio real de fondo, los rostros incrédulos, primero, y espantados, luego, de quienes presenciaban la tragedia esa mañana en New York. El horror total al que aspiraba H. P. Lovecraft en sus cuentos lo recibimos indirectamente, filtrado a través de las emociones de los testigos, y las tomas de un cielo ennegrecido por la ceniza de los incendios.

Mientras esto ocurría, en medio de la confusión, y sin contarse aún con evidencia alguna, las grandes cadenas televisivas norteamericanas que llevaban a todo el mundo las imágenes, las subtulaban con sospechosa perspicacia y desusada unanimidad, como obedeciendo a una indicación superior: “América under attack”.

El documental de Moore se engrandece y recibe su consagración, como obra de arte, precisamente, por la originalidad con que nos presenta aristas de la realidad más cruda, desde ángulos insospechados, recreándola a través de una estética de la imagen que elude el panfleto, pero que parte de un punto de vista, de una posición consciente, de un involucramiento, sin avergonzarse ni pedir perdón por ello. En medio de tanta santurronería hipócrita y tanta mojigatería intelectual que nos rodea —apoteosis de lo políticamente correcto y del miedo a quedar fuera del mercado de las ideas—, esta postura de Moore es no poca cosa.

Las escenas climáticas de *Fahrenheit 9/11*, como denuncia, son dos, y ambas son largas tomas mudas. Se conocen apenas un par de comentarios sobre ellas, a pesar de que, sin necesitar del auxilio de las palabras, resumen lo que su creador nos quiere transmitir con la sutileza del arte verdadero.

Una de ellas recoge las largas sesiones de maquillaje a que se someten los principales políticos norteamericanos antes de presentarse frente a las cámaras de la televisión. Como consumados actores antes de salir a escena a representar el papel asignado en el guión, vemos retocarse a Bush, Rumsfeld, Cheney, Condoleezza Rice, Wolfovitch, Aschcroft y Colin Powell. La genialidad de Moore estriba en que esta patética escena que condensa toda la extensión de la política norteamericana asumida como simulacro, como representación teatral, como espectáculo mediático, se ubica en el film exactamente después de que se muestran los antecedentes del 11 de septiembre, comenzando por el megafraude electoral de la Florida mediante el cual Bush se alzó con el botín de la presidencia, hasta la caída en picada, hasta niveles críticos, del apoyo interno y externo a su gestión, e inmediatamente antes del ataque terrorista.

La segunda escena muestra durante siete minutos, en silencio y en cámara lenta, a un desvalido Bush, sentado en un aula prescolar de

la Florida, con un libro de cuentos en la mano, tras serle susurrado al oído por un asesor lo que en ese mismo momento ocurría en New York. Pocas veces en la historia del arte y de la política, incluidos los ejemplos clásicos de la publicística al estilo del *Yo acuso*, de Zola o los artículos y cartas de Víctor Hugo, se ha dicho tanto, en tan poco tiempo y con tal economía de palabras.

El 11 de septiembre de 2001 como farsa teatral macabra, y la maldad e incapacidad evidente de Bush y el resto de los actores principales de esa puesta en escena constituyen las dos tesis centrales verdaderas de *Fahrenheit 9/11*. Lo demás, incluso las relaciones entre los Bush y los Bin Laden, el papel jugado por Israel y Arabia Saudita, la guerra de Iraq, los vínculos de Bush con la gran oligarquía norteamericana, a la que llama en el film “su base” (Al Qaeda significa en árabe, casualmente, “La Base”), no son más que arroyuelos tributarios de esos dos grandes ríos: refuerzan sus caudales, los robustecen, pero adoptan el rumbo que lleva la gran corriente, hasta llegar al fin deseado.

Moore no declara abiertamente sobre el carácter de lo ocurrido el 11 de septiembre, ni falta que hace: por él habla su obra, y lo hace con el lenguaje indirecto, sutil, sugerente del arte verdadero, que no por comprometido con la realidad y la necesidad de transformarla, deja de ser arte. Más, no se le puede pedir, no es necesario.

No ha habido que esperar 25 años para que se desclasifiquen los documentos del 11 de septiembre y se vaya abriendo paso en la opinión pública mundial, con fuerza creciente, la sospecha de que los ataques terroristas pudieron ser evitados por el gobierno de los Estados Unidos, y que se dejaron ocurrir para utilizarlos como coartada en la realización de un autogolpe pretoriano, dentro de la propia Casa Blanca, que permitiese el despliegue de planes de contingencia imperial, largamente acariciados, tanto en el plano interno como internacional.

Una de las películas de la saga de *La guerra de las galaxias* tenía como subtítulo “El Imperio contrataca”. A nadie debe asombrar que, al ocurrir el ataque de los Estados Unidos contra Afganistán –primera estación de la guerra infinita que Bush se apresta a librar contra sus adversarios internos y externos–, las grandes cadenas televisivas norteamericanas subtitaran las imágenes de los bombardeos, con idéntica unanimidad: “America strike back”.

El mundo del 11 de septiembre es mucho más complejo, y a la vez, mucho más sencillo y transparente, que el del 15 de febrero de 1898, cuando la voladura del *Maine* en aguas habaneras abrió las compuertas al derrame imperial americano sobre los pueblos de dos continentes. Haber repetido de manera mecánicamente mediocre los mismos pasos que antes fueron eficaces para engañar a la opinión pública mundial, y en primer lugar, de su propio país, ha sido un inmenso error de la elite de poder de los Estados Unidos, que es la misma que ostentaba el respetable promedio de cinco incidentes internacionales, y cuatro guerras “justas”.

El error ha sido de tal magnitud, que ha puesto en evidencia las trampas a que la rutina y la soberbia pueden someter a la razón imperial, y de paso, la lamentable decadencia en que se encuentra su capacidad para mantener en las sombras sus mecanismos de dominación y su habilidad para imponer al mundo, y a su propio pueblo, una lógica y un imaginario exculpadores, absolutorios y exorcizadores de la mala conciencia y los demonios interiores derivados de sus políticas hegemónicas.

Nunca, como después del 11 de septiembre, y vinculados a sus consecuencias, se han transparentado tanto los más sacrosantos y ocultos mecanismos de dominación imperial que vienen garantizando el predominio de los Estados Unidos sobre los demás países del mundo, desde hace más de un siglo.

Jamás se había presenciado el espectáculo de cómo funciona, a cielo abierto, la relojería imperial, sus instituciones nebulosas y sus más celosos funcionarios de las tinieblas.

Pocas veces, como ahora, hemos podido aquilatar, con pruebas en la mano, el abismo moral de donde saca la elite de poder norteamericana las justificaciones que le permiten preservar sus intereses materiales, y en primer lugar, sus ganancias, a cualquier precio, aun a costa de sus propios ciudadanos, no importa si ello implica la pérdida de 266 vidas norteamericanas en el *Maine*, 2 000 en Pearl Harbor, o 3 000 en el World Trade Center.

Los pretextos imperiales se encarecen en la misma medida que su credibilidad disminuye. A la luz de la decadencia del aparato creativo encargado de esta tarea hoy, y sus magros resultados para vender al mundo la versión americana del 11 de septiembre de 2001, hubiera podido temerse una verdadera hecatombe antes del 2 de

noviembre de 2004, fecha en que en las elecciones norteamericanas se jugaba el destino de la vieja forma de hacer política imperial que ha marcado la vida del planeta en el último siglo.

Es de imaginar a los brillantes asalariados creativos de las agencias de inteligencia norteamericanas con la mirada en el techo de sus oficinas, las pantallas de sus computadoras en blanco, tamborileando con los dedos de la mano izquierda sobre el teclado y presionando el *mouse* con la derecha, esperando la llegada de alguna musa romana capaz de sacarlos del atolladero.

Pero es demasiado tarde: ninguna idea brillante, ninguna inspiración genial, ninguna experiencia crapulosa derivada de las glorias pasadas podrá servir para recomponer el enorme daño causado a la forma tradicional de hacer política en los Estados Unidos, tras lo ocurrido en el World Trade Center.

El enemigo que ha logrado ponerlos en semejante trance es imbatible, no puede ser aniquilado ni bombardeado porque es invisible: está dentro de la propia casa. Sin él no se puede concebir el presente y el futuro, y forma parte consustancial de la imagen que tienen de sí los norteamericanos, que es la misma que exportan para consumo del resto del mundo. Destruirlo es equivalente al suicidio o la automutilación: los Estados Unidos no se conciben sin televisión por cable y satélite, sin computadoras, correo electrónico e Internet, sin teléfonos celulares, cámaras fotográficas y de video digitales, sin la acción de lo que dicen son medios alternativos de información, sin mantener lo que llaman libre flujo de ideas, libertad de expresión y libre acceso a la información.

Dejemos de lado, por un momento, la discusión acerca de si estos artículos de fe son reales o ficticios dentro del entramado de poder del capital, y si lo son, hasta dónde les está permitido actuar, en un escenario donde las verdaderas decisiones que afectan la vida de las personas en todo el mundo no son tomadas por los políticos electos en elecciones más o menos decentes, sino por las grandes corporaciones sin rostro, sin patria, y sin más ideología que el acrecentamiento de sus utilidades.

Coveniemos, a los efectos del presente análisis, que los Estados Unidos son como se sueñan y como hacen soñar que son, al resto de los mortales. La pregunta crucial a la que se debe responder —y de cuya respuesta depende la capacidad de sobrevida del imperialismo

tradicional norteamericano—, es la siguiente: ¿cómo mantener el dominio imperial e imponerlo de manera total y definitiva al resto del mundo, con la anuencia y complicidad de las propias víctimas, o sea, a los costos más reducidos en que esto se pueda lograr, tanto morales como materiales, en las nuevas condiciones de flujo incontrolado de información y de proliferación de tecnologías, que por primera vez en la historia humana, están democratizando y subvirtiendo los procesos tradicionales de emisión activa-recepción pasiva de mensajes y, en consecuencia, están sustrayendo a millones de personas de la influencia tiránica y el control totalitario de la información, piedra angular de la hegemonía clásica?

La resistencia iraquí contra el ocupante invasor no es un fenómeno nuevo en la historia del colonialismo y el imperialismo. Tanto como el pueblo iraquí rechaza hoy, con las armas en la mano, a los que violan su soberanía y restringen su libertad, lo hicieron antes, entre otros: los filipinos, los argelinos, los angolanos y los propios cubanos que durante 30 años pelearon por su independencia. Pero nunca antes los resultados de la resistencia, el día a día de la lucha, pudo ser conocido en tiempo real en todo el mundo, como lo es hoy gracias a Internet, y también a *Al Jazeera* y *Al Arabiya*, que escapan al control mediático imperial.

Las torturas y la represión han sido siempre consustanciales a la dominación hegemónica imperial, pero nunca, como en nuestros días, ha sido más difícil mantener en silencio lo que ocurre tras los muros de Abu Ghraib, la base naval de Guantánamo o las cárceles secretas afganas, al extremo de que el corresponsal británico en Bagdad, Robert Fisk, ha declarado que las cámaras digitales que llevan en sus mochilas los propios soldados norteamericanos son el verdadero enemigo letal de esas fuerzas de ocupación, y que el Pentágono se ha visto obligado a prohibir la posesión de teléfonos celulares capaces de servir, a la vez, como cámaras fotográficas, entre sus efectivos desplegados en Iraq.

La guerra ha dejado de ser el espectáculo aséptico, incoloro e indoloro, en que se convirtió tras las invasiones a Panamá, Granada, la Guerra del Golfo y Yugoslavia. Los cadáveres, la sangre, el dolor y los sufrimientos, junto a las imágenes de los féretros cubiertos con la bandera de los Estados Unidos, con toda su carga subversiva, han vuelto a nuestros televisores y páginas web, muy a pesar



de la censura militar y las manipulaciones. No importa que no las transmitan la *CNN* o *Fox Chanel*, siempre encuentran la forma de asaltar la placidez de buena parte de la humanidad.

Ante el auge de la resistencia global y la creciente pérdida de la inocencia de su pueblo, el imperio se aboca a dos escenarios posibles: o implanta su dominio de forma brutal, descarnada, como suele hacer cuando sus intereses vitales se hallan en peligro, utilizando para ello todo el arsenal represivo que lo desnuda ante los ojos del mundo al que pretende vender sus mantras libertarias y democráticas, el primer producto nacional exportable, o avanza hacia formas inéditas, creativas, de control y dominio en las nuevas condiciones derivadas de la implantación masiva de las nuevas tecnologías en las sociedades modernas.

En nuestros días, Marx no podría definir al proletariado como al sepulturero del capital postmoderno, pero quizás podría hacerlo mostrando en sus manos un pequeño teléfono Nokia o una *laptop* Fujitsu con acceso a Internet.

El 11 de septiembre de 2001 fue la apoteosis de la chapucería imperial, puesta de manifiesto, en todo su decadente esplendor, a través de Internet. Quienes permitieron que ocurriese, dentro de los Estados Unidos, no pudieron prever que se convertiría en un bumerán, una vez recogidos y dilapidados sus frutos iniciales, cuando el apoyo interno a un usurpador como Bush subió hasta el 85%, sin contar el cheque en blanco que le extendieron casi todos los gobiernos del mundo.

El guión del espectáculo no tuvo en cuenta los cambios experimentados por las sociedades humanas en el último siglo, ni que los eventuales espectadores no eran los mismos de 1898, 1915 ó 1964.

La inercia suele jugar malas pasadas, cuando ha llegado el tiempo de los cambios. Pero la clase dominante en los Estados Unidos lo ha entendido un poco tarde.

A fin de cuentas, ¿quiénes gobiernan hoy los Estados Unidos detrás de George W. Bush, y qué esperanzas tienen de, a pesar de todo, mantener el poder en sus manos?

## Referencias

- <sup>1-2</sup> Contreras Valverde, José, Gracia Ramos Acebes e Inés Rico Rico: *Diccionario de la religión romana*, Ediciones Clásicas, Madrid, 1992, pp. 14-15.
- <sup>3</sup> Busby, Michael: “[E mail a Ronald Hilton]”, Aug. 5, 2001. En: ESPO-RAL@listproc.cc.ku.edu
- <sup>4</sup> Hilton, Ronald: Respuesta a Michael Busby. *Ibidem*.
- <sup>5</sup> Rickover, Hyman G.: *How the Battleship Maine Was Destroyed*, Naval History Division, Washington DC, 1976, p. vii.
- <sup>6</sup> *Ibidem*, p. viii.
- <sup>7</sup> *Ibidem*, p. 3.
- <sup>8</sup> *Ibidem*, p. 18.
- <sup>9</sup> *Ibidem*, p. 20.
- <sup>10-11</sup> *Ibidem*.
- <sup>12</sup> *Ibidem*, p. 21.
- <sup>13</sup> *Ibidem*, p. 22.
- <sup>14</sup> *Ibidem*, p. 22.
- <sup>15</sup> *Ibidem*, p. 23.
- <sup>16</sup> *Ibidem*.
- <sup>17</sup> *Ibidem*, p. 25.
- <sup>18</sup> *Ibidem*, p. 27.
- <sup>19</sup> *Ibidem*, p. 32.
- <sup>20</sup> *Ibidem*, p. 36.
- <sup>21</sup> *Ibidem*, p. 38.
- <sup>22</sup> *Ibidem*.
- <sup>23</sup> Fuentevilla, J. M. (Manuel Morphy): *España y el Maine*, Impr. Avisador Comercial, La Habana, 1910, p. 39.
- <sup>24</sup> Remesal, Agustín: *El enigma del Maine*, Plaza & Janés, Madrid, 1998, p. 242.
- <sup>25</sup> Rickover, H. G.: Ob. cit. (5), p. 40.
- <sup>26</sup> *Ibidem*.
- <sup>27</sup> Warfield, Ethelbert Dudley: *Joseph Cabell Breckenridge. A Brief Story of a Short Life*, The Knicker Bocker Press, New York, 1898, p. 58.
- <sup>28</sup> *Ibidem*, pp. vi-vii.
- <sup>29</sup> “William Wirt Kimball”. En: *Who Was Who in American History-The Military*, Marquis Who’s Who Inc., 1975, p. 306.
- <sup>30</sup> *Ibidem*.
- <sup>31</sup> Rickover, H. G.: Ob. cit. (5), p. 41.
- <sup>32</sup> *Ibidem*.
- <sup>33</sup> *Ibidem*, p. 47.
- <sup>34</sup> *Ibidem*, p. 55.
- <sup>35</sup> “Blandin Letter”. En: <http://www.spanamwar.com/blandinletter.htm>

- <sup>36</sup> “Blandin Obituary”, *Eagle*, July 9, 1898, p. 9. En: <http://www.spanam-war.com/maineblan.dinobit.htm>
- <sup>37</sup> Rickover, H. G.: Ob. cit. (5), p. 71.
- <sup>38</sup> Fenn, Emory W.: “Ten Months with the Cuban Insurgents”. En: <http://cdl.library.cornell-edu/cgi-bin/moa-idx?notisid=ABP2287-0056-62>
- <sup>39</sup> García del Pino, César: *Expediciones de la Guerra de Independencia, 1895-1898*, Edit. Ciencias Sociales, La Habana, 1996, pp. 67-68.
- <sup>40-43</sup> Fenn, Emory: Ob. cit. (38).
- <sup>44</sup> “A History of the County of Montgomery from the Earliest Day to 1906” (Cap. 27, p. 250). En: [http://www.usgennet.org/usa/topic/historical/montgomery\\_1906/1916\\_mont\\_ch27b.htm](http://www.usgennet.org/usa/topic/historical/montgomery_1906/1916_mont_ch27b.htm)
- <sup>45</sup> *Ibíd.*, p. 251.
- <sup>46</sup> Monterde Orejón, Edith: “Despejando incógnitas”, *Ciudad de Mármol, Boletín* (La Habana), s.f.
- <sup>47</sup> *Ibíd.*, p. 1.
- <sup>48</sup> “Carta del capellán Bueno al Obispo. 22 de marzo de 1898”, Archivo del Cementerio de Colón, La Habana, Cuba. Legajo 8-A, Exp. # 236, 27 de abril-1898.
- <sup>49</sup> Monterde O., E.: Ob. cit. (46), p. 1.
- <sup>50</sup> Remesal, A.: Ob. cit. (24), p. 241.
- <sup>51</sup> Beveridge, Albert Jeremiah: “In Support of an American Empire”. En: <http://www.mtholyoke.edu/acad/intrel/ajb72.htm>
- <sup>52-55</sup> Sardi, Bill: “Remember the Maine! And the Others Ships Sunk to Start a War”. En: <http://www.lewrockwell.com/orig/sardi1.html>
- <sup>56-57</sup> Lusitania. En: [www.occultopedia.com/l/lusitania.htm](http://www.occultopedia.com/l/lusitania.htm)
- <sup>58</sup> “The Sinking of the Lusitania: 1915”. En: <http://www.campus.northpark.edu/history/WebCron/USA/Lusitania.CP.html>
- <sup>59</sup> “Lost Liners. Lusitania”. En: <http://www.pbs.org/lostliners/lusitania.html>
- <sup>60-61</sup> Comisión Congressional Barkley. “Conclusions and Recommendations. Pearl Harbor=Mother of All Conspiracies”. En: <http://www.geocities.com/Pentagon/6315/pearl.html>
- <sup>62-63</sup> Department of the Navy. Naval Historical Center: “Pearl Harbor Revisited United States Navy Communications Intelligence, 1924-1941”. En: <http://www.history.navy.mil/books/comint/>
- <sup>64-67</sup> Ob. cit. (61).
- <sup>68</sup> Cohen, Jeff y Norman Solomon: “30 Year Anniversary: Tonkin Gulf. Lie Launched Viet Nam War”. En: <http://www.fair.org/media-beat/940727.html>
- <sup>69</sup> Bradlee, Ben: “Deceit in America Government: Gulf of Tonkin”. En: [www.the7thfire.com/Politics%20and%20History/Gulf-of-Tonkin.htm](http://www.the7thfire.com/Politics%20and%20History/Gulf-of-Tonkin.htm)
- <sup>70</sup> Cohen, J. y N. Solomon: Ob. cit. (69).
- <sup>71</sup> “President Johnson’s Message to Congress”, Aug. 5, 1964. En: [www.yale.edu/lawweb/avalon/tonkin-g.htm](http://www.yale.edu/lawweb/avalon/tonkin-g.htm)

*El Apocalipsis según San George*

<sup>72-73</sup> “Joint Resolution of Congress”, Aug., 1964. *Ibíd.*

<sup>74-75</sup> Richter, Bob: “Tonkin Incident Might Not Have Occurred”. En: [www-com-mondreams.org/cgi-bin/print.cgi?file=/headlines02/0805-09.htm](http://www-com-mondreams.org/cgi-bin/print.cgi?file=/headlines02/0805-09.htm)

<sup>76</sup> Cohen, J. y N. Solomon: *Ob. cit.* (69).

<sup>77</sup> Bamford, James: “The Gulf of Tonkin Incident, Operation Northwoods, and Iraq”. En: [www.freemasonrywatch.org/pretext.html](http://www.freemasonrywatch.org/pretext.html)

<sup>78-79</sup> “Rules of Engagement After the Gulf of Tonkin Incident”, Aug., 5, 1964. Tomado de: *The Pentagon Papers*, Gravel Edition, vol. 3, pp. 517-518. En: [www.mtholyoke.edu/acad/intrel/pentagon3/doc165.htm](http://www.mtholyoke.edu/acad/intrel/pentagon3/doc165.htm)



## CAPÍTULO 3

# EL DISCRETO ENCANTO DE LO INVISIBLE

### Fabricando enemigos y amenazas

El repudio universal a la figura y las políticas puestas en vigor por George W. Bush, comenzó a incrementarse a partir de la forma descarada en que robó las elecciones presidenciales a su oponente, Al Gore, y ha alcanzado sus cotas más elevadas tras la invasión a Afganistán e Iraq. Pero ese fenómeno global, positivo en sí mismo, ha desperdiciado una gran parte de su energía transitando por los caminos secundarios y sin salida, de la burla a los disparates del Presidente y la demostración de que eran falsos los pretextos para justificar la guerra.

Tales pequeñas venganzas del choteo y lo epidérmico pueden satisfacer a quienes se acercan por primera vez a la política y la historia y, por lo tanto, creen que de esta manera pueden ser desmontados los mecanismos infernales que generan decisiones y declaraciones estúpidas y guerras imperialistas. En realidad, son desahogos de novatos que creen que un campeonato mundial de béisbol se decide en el segundo inning del primer juego. En lo profundo, esta errónea percepción es útil a quienes desean que nada cambie en el ADN de un sistema capaz de generar e imponer con falsos pretextos, una y otra vez, a presidentes ignorantes y guerras de expansión.

Ahora mismo, cuando los Estados Unidos no han logrado aún salir del pantano iraquí, se prepara ya la guerra de turno, apelando a los mismos pretextos que resultaron ser probadamente falsos.

Sin tomarse el trabajo de cambiar ni una coma al guión bufo del 11 de septiembre, a pesar de su aplastante insostenibilidad y descrédito, un sospechoso informe “disidente” de una facción de la misma clase que gobierna los Estados Unidos desde hace más de 200 años, en este caso, el Consejo de Relaciones Exteriores, un tanque pensante formado por cerca de 3 600 miembros de la elite de poder de

los Estados Unidos y Europa, dirigido por Zbigniew Brzezinski, ex consejero de Seguridad Nacional de Carter y Robert Gates, ex director de la CIA de Bush Sr., alerta sobre los planes de los neocons del gobierno de Bush Jr., para provocar un ataque a Irán, tras ser reelegido. La enumeración de los pretextos les sonará harto familiar:

- 1- El régimen islámico de Irán se encuentra en una fase de “decaencia”. Según Douglas Feith, del American Enterprise Institute, “[...] Irán está maduro para una revolución encabezada por fuerzas democráticas”.<sup>1</sup>
- 2- Irán forma parte del “eje del mal” y es “[...] la capital mundial de los amos del terrorismo”,<sup>2</sup> según afirmaciones de Michael Ledeen, otro neocon emblemático, también del American Enterprise Institute.
- 3- El programa armamentista nuclear de Irán compromete la seguridad de los Estados Unidos e Israel.
- 4- Según informes de inteligencia en poder del Congreso norteamericano, “[...] el régimen fundamentalista de Irán colaboró activamente con la red terrorista de Bin Laden en la ejecución de los atentados del 11 de septiembre [suministrando] logística y financiamiento [y] brindando refugio a algunos de los terroristas que cometieron esos atentados”.<sup>3</sup>

Cambie usted “Irán” por “Iraq” y le parecerá estar escuchando los mismos mantras y letanías con que los neocons adormecieron a la opinión pública de su país y de parte del mundo, procurando construir el “peligro Saddam”, mucho antes que el primer soldado estadounidense pisara suelo iraquí.

Habiendo testificado a principios de este año ante el Comité Especial para la Inteligencia del Senado de los Estados Unidos y la Comisión Butler, de Gran Bretaña, cuerpos encargados de determinar los errores cometidos por las agencias de inteligencia de ambos países en la identificación del grado de amenaza real que representaba Saddam, antes de la guerra, Scott Ritter, jefe de Inspectores de Armas de la ONU en Iraq, hasta 1998, ha puesto el dedo en la llaga, como se lee en su artículo “How We Got It so Wrong in Iraq”, publicado el domingo 18 de julio en el periódico *Times Union*, de Albany, New York. Sus objeciones a la forma y

el contenido de las investigaciones de tales comisiones se concentran en dos aspectos, en los que casi nadie repara al abordar estos temas:

a) El asunto, quiero hacer notar, es mucho más complicado y comprende años de propaganda previa en ambos países para provocar un cambio de régimen en Bagdad, lo cual permeó todas las instancias de sus gobiernos, contaminando y corrompiendo la formulación de las políticas con un “pensamiento grupal” que proclamaba a Saddam Hussein como una amenaza. En consecuencia, todo lo que pudiese facilitar su remoción era bienvenido, sin tener en cuenta su veracidad.

Este “pensamiento grupal” puede ser rastreado desde los primeros meses de 1995, cuando el MI-6, trabajando de conjunto con la estación de la CIA en Londres, promovió la figura de Iyad Allawi [...] como vehículo viable para lograr el derrocamiento de Saddam.<sup>4</sup>

b) Tanto el Comité del Senado, como la Comisión Butler están formadas, en su mayoría, por personas que tomaron parte en la implementación de las políticas destinadas a provocar un cambio de régimen [en Iraq]. Ambas son responsables de los esfuerzos para utilizar el proceso de inspección de armas de la ONU, no como vehículo para el desarme, sino para provocar un cambio de régimen. Tales actividades no habían sido aprobadas por el Consejo de Seguridad y destruyeron la integridad del esfuerzo para llegar al desarme a través de las inspecciones.<sup>5</sup>

Si algo tan serio como llevar al país a una guerra puede dejarse descansar en manos de *lobbyistas* capaces de imponer su “pensamiento grupal” al país –fruto directo de sus “intereses grupales”–, entonces, ante los ojos asombrados del mundo, el bucólico escenario de la política norteamericana, con su democracia representativa paradigmática y sus prohombres en emulación permanente con los Padres Fundadores, supuestamente ocupados siempre en asegurar la justicia, las libertades y los derechos de la nación, cambia al instante, como sucede con los escenarios de *The Matrix*: una realidad descarnada y nada edificante se revela, la de una selva letal en la que manadas de



depredadores hacen valer sus intereses a fuerza de mentiras, propaganda y mucho dinero.

Se conocen perfectamente los mecanismos que permiten utilizar la prensa, la televisión, el cine y otros medios de comunicación, en manos del poder invisible, para llevar mansamente a los norteamericanos hacia los fines deseados, incluyendo las guerras, pero en la misma proporción se desconoce cómo se alimentan con el “pensamiento grupal” de las elites de poder de ese país las instancias donde se toman o se consagran las decisiones, para que estas conserven esa pátina democrática y glamorosa que con tanto éxito se ha vendido al mundo, anunciadas como modelo de contrapeso de poderes, participación y soberanía populares.

El consorcio formado por las grandes corporaciones, los aparatos de inteligencia y los tanques pensantes conservadores, utiliza a los medios de comunicación para promover sus intereses y hacerles creer a los ciudadanos de a pie que estos son idénticos a los suyos. Pero a la vez, provee permanentemente al Congreso y a todas las instancias del Gobierno con resultados de estudios, investigaciones y memorándums de dudosa objetividad y rigor, que “demuestran” y “alertan” acerca de peligros reales o inexistentes y van logrando el efecto obnubilador que criticaba Scoot Ritter. Esta callada y persuasiva labor de catequesis se realiza envolviendo el producto que se desea colocar en el mercado en los atractivos celofanes de la objetividad académica, el uso de métodos científicos, el prestigio de los firmantes y las instituciones auspiciadoras. No pocas veces, con los mismos fines, se publican “indiscreciones”, “rumores”, “trascendidos” de fuentes que “desean conservar el anonimato”, o se “filtran” al descuido opiniones o críticas a las políticas en vigor para ir preparando el camino de su cambio o continuación, como es el caso de la alerta “pacifista” sobre Irán que Brzezinski y Gates, tan halcones como Rumsfeld y Cheney, dirigieron a un inocente e inadvertido Bush.

¿Cómo se alimenta al Congreso de los Estados Unidos y al propio Gobierno con materiales preparados por las agencias de inteligencia?

¿De qué manera se puede lograr vender a la nación, una y otra vez, una guerra, o muchas guerras, con materiales de dudosa veracidad o simplemente falsos, sin que nadie alerte acerca de la

acción de los estafadores, e incluso, puedan quedar impunes cuando son descubiertos?

## Manual del perfecto titiritero

Es posible acceder por Internet –en el sitio web del Center for The Study of Intelligence, de la CIA–, a un informe de 50 páginas bajo el título de “Sharing Secrets with Lawmakers: Congress as a user of Intelligence”, preparado en febrero de 1997 por L. Britt Snider, quien fuera, entre 1977 y 1986, subsecretario asistente del Secretario de Defensa para la política de contrainteligencia y seguridad. El estudio versa sobre las ventajas, desventajas y problemas que implica compartir datos de inteligencia con los poderes ejecutivo y legislativo de los Estados Unidos.

Cualquiera que acceda a él recibirá, en seis capítulos, un curso abreviado de intensa desinformación, pero si es suspicaz y logra leer entre líneas lo que se le informa, podrá entender, aproximadamente, cómo se produce el ritmo de bombeo de los oleoductos informacionales (o desinformacionales) del sistema, que alimentan, a su vez, los mecanismos internos de los que depende la vida de la maquinaria.

Téngase en cuenta que el documento está destinado a examinar los engranajes que permiten suministrar información de inteligencia al Gobierno y al Congreso de los Estados Unidos y no se detiene a examinar la calidad u objetividad de dicha información, ni las instancias o contrapartidas que puedan medirla. En ello radica la trampa: mientras se hace un alarde de falsa transparencia, que deja el agradable sabor de las cuentas a rendir cuando no hay nada que ocultar, se mantienen en las más espesas tinieblas los indicadores de la autenticidad y confiabilidad de la información brindada, callando que de esto depende, en realidad, su valor de uso y su justificación política.

Desde su propia “Introducción”, el informe establece la peculiaridad de la labor de los servicios norteamericanos a los que llama “usuarios de la información de inteligencia”: “Los servicios de inteligencia de los Estados Unidos, como sus contrapartes en la mayoría de los países, existen principalmente para atender las necesidades de las autoridades ejecutivas, pero, a diferencia de la mayoría de estos, también comparten mucha de la información disponible con el cuerpo legislativo”.<sup>6</sup>

En su “Introducción”, el estudio se dedica a mostrar cómo se ha llegado a la situación actual, donde la mayor parte de la información disponible en manos de los legisladores proviene de los aparatos de inteligencia, los cuales a su vez responden a los funcionarios del Ejecutivo, o sea, que la información que respalda la aprobación o el rechazo a las decisiones tomadas al más alto nivel y de las que depende el país, no proviene de fuentes independientes ni ajenas a los intereses políticos del momento. Lejos de tranquilizar a cualquier lector responsable, según pretende el informe, se comprende la creciente preocupación de este cuando lee: “Las reglas que rigen la entrega de información de inteligencia [al Legislativo] fueron establecidas poco después de que los comités de supervisión [sobre estas mismas actividades] comenzaran a funcionar, pero no estaban escritas [...]. Veinte años después el sistema continúa operando y aún carece de tales reglas”.<sup>7</sup>

Esta curiosa revelación se explica por sí misma: las reglas son necesarias en toda competencia verdadera, cuando se enfrentan intereses rivales, no cuando se practica entre miembros de un mismo equipo y los resultados de esta práctica no cuentan para el campeonato.

Veamos algunos ejemplos de la conmovedora laxitud y ambigüedad que rodea la relación entre proveedores y consumidores de información de inteligencia en los Estados Unidos, que, de hecho, adultera la limpieza del lente con el cual se dice mirar al mundo:

- a) En 1992 el Congreso enmendó el Acta de Seguridad Nacional de 1947 y fijó, como tarea específica del director de la CIA: “[...] hasta donde se considere apropiado, proveer de información de inteligencia al Senado, la Cámara y sus diferentes comités”.<sup>8</sup> No queda claro qué entender por “apropiado”, ni quién decide cuándo una información no lo es.
- b) No solo se suministra al Congreso información acabada y comprobada, sino también inconclusa o en proceso de verificación, con las consecuencias previsibles. “Cada legislador o miembro de su equipo puede disponer de *briefings* de las agencias de inteligencia sobre cualquier tema de su interés”,<sup>9</sup> dice el informe.
- c) Muchos datos que los miembros del Legislativo obtienen por esta vía se utilizan como “[...] munición para provocar cambios en las

políticas de la administración”,<sup>10</sup> a la vez que “[...] otras informaciones suministradas pueden servir de apoyo a las iniciativas de la administración, lo que hace que algunos funcionarios del Ejecutivo vean a las agencias como aliados en su lucha contra el Capitolio”.<sup>11</sup> En medio de estas tensiones, ¿es arriesgado pensar que ambos cuerpos y las agencias utilicen la información de inteligencia recolectada para sus propios fines, olvidando el bien común y la objetividad?

- d) Por lo anterior, las tensiones entre el Ejecutivo y las agencias se acrecientan, lejos de reducirse, a partir de la información que estas comparten con el Legislativo. El informe lo reconoce de manera suave: “[...] poco se ha hecho para estructurar el apoyo de la inteligencia de manera tal que se reduzcan las tensiones entre la comunidad de inteligencia y el resto de las dependencias del Ejecutivo, mientras se preserva la independencia analítica y la integridad de la primera”.<sup>12</sup> A la luz de los últimos acontecimientos y luego de conocerse cómo las agencias de inteligencia de Inglaterra y los Estados Unidos capitularon ante las presiones de sus respectivos gobiernos para justificar la invasión a Iraq, parece un chiste de Woody Allen leer en el informe lo que se afirma sea la garantía de que el Ejecutivo respeta la mencionada “independencia analítica e integridad profesional” de las agencias: “Los políticos temen ser acusados de politizar los procesos de inteligencia y de intentar dirigirlos; a su vez, los productores de reportes de inteligencia huyen de los políticos que intentan interferir en lo que ellos planean decir al Congreso”.<sup>13</sup> Es evidente que ni el temor ni la fuga han podido evitar lo que ahora investigan varias comisiones.
- e) Hasta que fueron creados, en enero de 1975 y en julio de ese mismo año, los Comités Church y Pike —del Senado y la Cámara, respectivamente—, para investigar el papel de las agencias de inteligencia en la vida de la nación, a partir de la denuncia del *New York Times*, en diciembre de 1974, de que “[...] la CIA había llevado a cabo numerosas operaciones domésticas ilegales [...] contra el movimiento antibelicista y otros grupos disidentes en los Estados Unidos, violando su carta constitutiva”,<sup>14</sup> esas agencias no solían compartir mucha información con el Legislativo, y cuando lo hacían eran datos

de escaso valor, como prueba la declaración, en 1966, del senador Fulbright, que recoge el informe: “[...] la CIA nunca revela nada de verdadera significación”.<sup>15</sup> La presión de la opinión pública para conocer sobre el verdadero carácter de las agencias obligó a senadores y representantes a tomar cartas en el asunto y a las agencias a compartir mucha más información. Lo que se hizo a regañadientes, de inicio, se fue revelando como una nueva y muy poderosa herramienta para influir, decisivamente, en la marcha de los asuntos de política interior y exterior. Las agencias pronto lo comprendieron así.

f) En 1975, la CIA brindó al Congreso 188 *briefings* y entregó 204 productos clasificados de inteligencia. Cuatro años después, la cifra de *briefings* brindados ascendió a 420 y la de productos clasificados de inteligencia entregados a 1 800. Trece años más tarde, en 1988, por los *briefings* llegaron a 1 000, mientras la de publicaciones de inteligencia compartidas con el Congreso superaron las 4 000, en un año, a lo que deben sumarse más de 100 visitas de Congresistas y miembros de sus equipos a instalaciones de la CIA, en el exterior.

¿Cuáles serán las estadísticas de 2003 y 2004?

¿Puede o no decirse, con toda razón, que, en nuestros días, los límites de los análisis y decisiones del Congreso de los Estados Unidos son los límites que establece la información de inteligencia generosamente compartida con él por esa rama del poder Ejecutivo conocida como comunidad de inteligencia?

Cuando el informe se adentra en el análisis del desarrollo de las relaciones entre las agencias y el Congreso en los 90, se detiene en un momento curioso: las audiencias de 1991 para la confirmación de Robert Gates, propuesto por el presidente Bush Sr. al cargo de director de la CIA.

Once años antes, bajo la presidencia de Ronald Reagan, las agencias alcanzaron tal grado de accionar independiente e ilimitado que desembocó, en 1986, en el escándalo Irán-Contra. Desde 1981 el cargo de director de la CIA había sido ocupado por William Casey. No es casual que en 1991, durante las audiencias para la confirmación de Gates, adquiriese gran relevancia el asunto que el informe llama “[...] examen congresional de los análisis de inteli-

gencia”<sup>16</sup> y que esto se llevase a cabo, por primera vez, de manera pública. “El tema central –de acuerdo al informe– consistía en determinar hasta dónde los análisis de la CIA habían sido distorsionados por intereses políticos, en tiempos de la dirección de Casey y la subdirección de Gates”.<sup>17</sup> Al final, Gates fue ratificado en el cargo, pero quedó en todos la percepción de que politizar la inteligencia es un mal que se debe evitar, a toda costa.

En la Sección 103 del Acta de Seguridad Nacional de 1947, tal como fue enmendada en 1992, se recoge el deber del director de la CIA de brindar inteligencia sustantiva, “[...] a tiempo, de carácter objetivo, con independencia de consideraciones políticas y basada, sobre todo, en las fuentes de que dispone la comunidad de inteligencia”,<sup>18</sup> a sus usuarios en el Ejecutivo y “[...] hasta donde sea apropiado, en el Senado, la Cámara y sus comités”.<sup>19</sup> Esta normativa no pasa de ser una normativa axiológica o del “cómo debe ser”, lo cual no significa que así sean las cosas.

Las agencias de inteligencia tienen en sus manos todas las cartas de triunfo ante el Congreso y el mismo Ejecutivo, en un juego que está ganado desde el inicio. Ellas pueden mentir, ocultar o tergiversar información básica para la toma de decisiones, sin que se les pueda probar ni pedir responsabilidades, a menos que rebasen, escandalosamente, ciertos límites, como ha ocurrido en el caso de Iraq. Si no actúan de manera independiente –según la agenda de quienes las dirigen o están tras ellas–, como se sospecha, dependen, en última instancia del Gobierno. ¿Qué impide que este las utilice como pioleta de transmisión hacia el Congreso, en pro del condicionamiento de sus decisiones políticas?

Recordemos que, como recoge el informe, el Congreso tiene misiones asignadas por la Constitución que lo hacen imprescindible en la toma de decisiones políticas relevantes dentro de los Estados Unidos y lo convierten en un campo de batalla donde se decide, no pocas veces, el éxito de las estrategias internas y mundiales. Entre sus funciones están:

[...] aprobar los tratados internacionales y el nombramiento de Embajadores, declarar la guerra, regular el comercio entre los Estados y las naciones extranjeras, liberar los fondos necesarios para el funcionamiento del Gobierno y las

Fuerzas Armadas, incluido el despliegue de los sistemas de armamento y sus desplazamientos en el exterior, apoyar a gobiernos extranjeros y establecer la defensa de los Estados Unidos ante las amenazas del exterior.<sup>20</sup>

Evidentemente, el Congreso es una pieza que no se puede dejar suelta dentro del sistema.

Veamos algunas herramientas que tiene a su disposición el Gobierno para llevar a cabo la tarea de influir indirectamente sobre el Congreso mediante el suministro de información de inteligencia:

- a) Por definición, y en la práctica, la información de inteligencia compartida con el Congreso es selectiva. Se le informa lo que las agencias y el propio Gobierno consideran que es suficiente y necesario suministrar, ni más ni menos. “Ninguno de los usuarios tiene el derecho a recibir toda la inteligencia que se acopia, ni siquiera el Congreso –le dijo al autor del informe un oficial de inteligencia entrevistado–. Le damos lo que ellos necesitan, pero no deben ver todo lo que se produce. El Presidente tiene el derecho y la responsabilidad de controlarlo”.<sup>21</sup>
- b) La inexperiencia de los miembros del Congreso en materia de política internacional y de seguridad nacional los pone en desventaja ante las agencias de inteligencia y el Gobierno, cuyos representantes, por lo general, han desarrollado largas carreras profesionales en estos campos.
- c) Los congresistas, como se reconoce en el informe, “[...] tienen que dividir su tiempo ante la gama diversa de asuntos públicos a atender, que van de lo local a lo internacional”.<sup>22</sup> En contraste, los funcionarios del Gobierno (y los de las agencias de inteligencia) “[...] tiene[n] muy bien definidas sus áreas de competencia, sea en la arena internacional o en la nacional”.<sup>23</sup>
- d) La avalancha diaria de información a los congresistas termina desorientándolos o creando en ellos un efecto de retroalimentación. “A través de todo el día son bombardeados con información: *clips* de prensa, notas de las reuniones con su equipo de trabajo, *briefings*, audiencias, conversaciones con sus colegas, llamadas telefónicas de sus electores [...]”.<sup>24</sup> En contraste, los miembros del Ejecutivo (y de las agencias) “[...] también son

bombardeados con información, pero de un rango más limitado de asuntos y con interlocutores más afines a los temas de su directa competencia”.<sup>25</sup>

- e) Los congresistas, alegando “[...] que temen ser influenciados por los reportes de inteligencia [...]”,<sup>26</sup> no siguen diariamente la marcha de los asuntos vinculados con estos, ni asisten con regularidad a las audiencias de tales temas, limitándose a informarse sobre tópicos selectivos, de manera “[...] episódica y como reacción a los hechos”.<sup>27</sup> Esta desventaja informativa los convierte en pasivos (no críticos) consumidores de las informaciones de inteligencia. “Ellos son espectadores, más que consumidores, en sentido estricto –afirma un oficial de inteligencia entrevistado por Snider–. [...] Nosotros tenemos otro tipo de diálogo con los usuarios del Gobierno”.<sup>28</sup>
- f) Mientras los funcionarios de las agencias y del Ejecutivo están acostumbrados a observar las reglas de la actividad secreta, los congresistas carecen de esta disciplina, haciéndose sospechosos de constantes indiscreciones bajo la excusa de que “[...] el pueblo americano debe saber esto”,<sup>29</sup> o “[...] mis electores necesitan conocer sobre esto”.<sup>30</sup> Como consecuencia de ello, se brinda un sólido pretexto para tenerlos alejados de la información verdaderamente sensible sobre ciertos temas candentes.
- g) El hecho de que el Congreso mantiene varias comisiones encargadas de monitorear el funcionamiento de las agencias de inteligencia y aprobar sus presupuestos no lo hace más fuerte, sino, paradójicamente, más vulnerable ante ellas. Un oficial de la inteligencia entrevistado para el informe, en un arranque de sinceridad, reconoció que “[...] las agencias gastan dinero en ilustrar al Congreso, pero, en realidad, lo que las motiva son las funciones de sus comités relacionados con la vigilancia [del funcionamiento de las propias agencias] y sus decisiones presupuestarias”.<sup>31</sup> Este interés material, ¿no puede estar influyendo en la objetividad de lo que el Congreso recibe como información por parte de las agencias y del propio Gobierno?
- h) Al depender las asignaciones de fondos de las agencias de varios comités del Congreso, se crea una relación ficticia, cortésana, entre ellos. Bajo una supuesta prioridad y preferencia con respecto a los requerimientos del Ejecutivo, las agencias



ofrecen al Congreso “[...] todo lo que necesita, cuando lo desee”,<sup>32</sup> lo que hace suponer que se le brinda mucha información “amable”, de la que “se agradece”. Un funcionario del Gobierno lo corrobora al formular una irónica definición: “Para el Congreso, la comunidad de inteligencia es como una tienda de caramelos, que nunca cierra”.<sup>33</sup>

- i) Los documentos de inteligencia que se comparten con el Congreso se archivan en áreas seguras del Capitolio. Para ser consultados, se requiere cumplir ciertos requisitos.

Las oficinas de los comités de inteligencia del Congreso y sus locales de audiencia se ubican en áreas cerradas que cumplen los estándares para almacenar y discutir la información sobre métodos y fuentes de información. Son vigilados las 24 horas del día por la Policía del Capitolio. Para llegar a esas áreas, se requiere autorización especial y si se penetra en ellas, será bajo escolta.<sup>34</sup>

No es difícil entender que quien controla la información y su acceso a ella, controla todo lo que de ella depende.

- j) Con frecuencia, los congresistas no leen los informes de inteligencia que a través de diversas vías se comparten con ellos. Las agencias de inteligencia y el Gobierno lo saben y sacan un buen partido de la desventaja que para el poder Legislativo se deriva de su escasa información. “Los congresistas raramente dedican tiempo a leer [los informes]. Si se muestran algo informados, se debe, usualmente, a que sus asesores le indican lo que deben leer, o le resumen lo leído”.<sup>35</sup> Llegado el momento de las polémicas sobre cualquier tópico, se impondrá quien se encuentre mejor informado. Un antiguo asesor congresional caracteriza así la situación: “Es irrelevante qué tipo de información de inteligencia se envíe al Capitolio. De todas formas, nadie tendrá tiempo para leerla”.<sup>36</sup>

El funcionamiento interno de los mecanismos de alimentación del Congreso con la información capaz de hacerlo claudicar ante los planes que otros diseñan es complejo, pero eficaz. Si alguna vez llega el momento de las cuentas a rendir, como bien señala Scott Ritter,

es imposible hallar a muchos legisladores con suficiente independencia como para perseguir la verdad hasta las últimas consecuencias. La impunidad está de antemano asegurada y las buenas intenciones del Presidente se dan siempre por descontadas.

Compartir información con el Congreso lejos de resultar perjudicial para las agencias de inteligencia, como estas pensaron al inicio, ni atarlas a una nueva instancia a la que rendir cuentas, ha resultado un negocio insospechado y beneficioso. Es interesante la opinión de Robert Gates, cuando ocupaba el cargo de vicedirector de la CIA, publicada en un número de *Foreign Affairs* correspondiente a 1988: “Se ha alterado el balance de poder entre el Congreso y el Ejecutivo, en lo relativo a la política de seguridad nacional y no por Watergate o la guerra de Vietnam, [...] sino por causa de que, a mediados de los 70, el Congreso logró acceso a información de inteligencia esencial que lo equiparó al poder Ejecutivo”.<sup>37</sup> Lo verdaderamente importante es algo menos notorio, constatado por Gates en el mismo artículo: “Hoy, como resultado de tales realidades, la CIA se encuentra en un punto equidistante entre las ramas legislativa y ejecutiva del poder”,<sup>38</sup> o lo que es lo mismo, más independiente de ambas.

La historia reciente de los Estados Unidos demuestra, dramáticamente, que cuando agencias de seguridad, como la CIA, comienzan a disfrutar de libertades, en esa misma proporción los norteamericanos y el resto del mundo comienzan a perderla.

## Construyendo el laberinto conservador

Para los no elegidos, o sea, para los millones de personas de todo el planeta que nunca serán funcionarios del Gobierno de los Estados Unidos, ni legisladores, ni oficiales de las agencias de inteligencia de ese país; para los rebeldes irreductibles, que insisten en pensar con cabeza propia y ver al mundo tal como es, un verdadero ejército de tanques pensantes, de prestigiosos académicos conservadores, de intelectuales públicos formadores de opinión, que, a diferencia del presidente Bush, jamás disfrutaron de vacaciones, se ha encargado de tejer una tupida red de conceptos y teorías tan desmovilizadoras y paralizantes como para hacernos reconocer que otro mundo mejor no es posible.

La manipulación de la información que se brinda al público, o la forma en que se prepara a los legisladores norteamericanos para que secunden los planes expansionistas del gobierno de Bush, son expresiones de un proceso de derechización de la sociedad global para el cual han trabajado con denuedo los tanques pensantes neoconservadores. El ascenso por primera vez al poder de George W. Bush y la forma en que lo hizo, son etapas del cumplimiento de una estrategia inflexible diseñada paso a paso y cuyo inicio se remonta al gobierno de Ronald Reagan, en los Estados Unidos y Margaret Thatcher, en el Reino Unido, en los años de lo que dio en llamarse, con alevosa superficialidad, “la revolución conservadora”.

Para poder definir lo que son los tanques pensantes y entender su forma tan influyente de actuar en la política norteamericana, debemos remitirnos a la definición que de ellos brinda la *disinfopedia* o *Enciclopedia de la Propaganda*:

Un tanque pensante es una organización que dice servir como centro de investigación y análisis de temas de importancia pública. En realidad, muchos tanques pensantes no son más que frentes de relaciones públicas, generalmente asentados en las mismas ciudades donde están los gobiernos locales o nacionales, y que generan investigaciones que abogan por los mismos objetivos que persiguen las industrias que los auspician.<sup>39</sup>

Para John Chuckman, columnista del *yellowtimes.org*, los tanques pensantes son “[...] instituciones falsas donde propagandistas e ideólogos se hacen pasar por académicos. En ellas el dinero fluye como la sangre que escapa de una arteria abierta para alimentar recomendaciones sin sentido que sofocan el debate verdadero”.<sup>40</sup>

La *disinfopedia* no tiene reparo en precisar que “[...] en general, las investigaciones que provienen de los tanques pensantes se guían ideológicamente por los intereses de sus patrocinadores”.<sup>41</sup>

Con un poco más de sentido del humor en la página web *hereinreality*, bajo el título de “The People We Pay to Think”, se

*El Apocalipsis según San George*

transcribe un diálogo imaginario entre el redactor y el lector acerca de Rand Corporation, un tanque pensante:

- *¿Qué es Rand?*
- Rand es una más de las instituciones no profesionales, o sea, que no pagan impuestos, conocidas como tanques pensantes.
- *¿Qué es un tanque pensante?*
- Es algo parecido a las grandes corporaciones, solo que en ellas la gente cobra por pensar.
- *¿Quién les paga por hacer eso?*
- Usted y yo. El Gobierno paga a Rand con los dólares que nos quita mediante los impuestos, para que piense sobre los problemas de nuestra nación.
- *¿Qué tipos de problemas son aquellos en los que Rand piensa?*
- Desde 1948, le hemos estado pagando a Rand para que piense sobre el bienestar de los niños, el sistema educacional, nuestra política nacional para enfrentar las drogas, la seguridad nacional y el seguro social.
- *Pero todos esos problemas han empeorado mucho desde 1948, fecha en que comenzamos a pagarle a Rand para que piense en ellos. ¿Cuánto le ha pagado el Gobierno a Rand para que piense?*
- Solo en el año 2000, nosotros pagamos a Rand más de 140 000 000 de dólares.
- *¿Quiénes están involucrados con Rand?*
- La Junta Directiva de Rand incluye representantes de los medios de comunicación, Wall Street, grandes firmas de abogados, líderes de las industrias médicas, de armamento y del automóvil, junto a representantes de otros tanques pensantes y un profesor universitario.<sup>42</sup>

El columnista del *Washington Post*, Joel Achenbach, adopta un tono similar al decir que en los Estados Unidos “[...] tenemos tanques pensantes, de la misma manera que en otros lugares tienen cuarteles de bomberos [...]”.<sup>43</sup> Sin dudas, una aguda definición.

Pero estos bomberos ideológicos, a diferencia de los verdaderos, no aparecen en la vida de los norteamericanos de manera

excepcional, cuando estalla un incendio, sino que los acompañan en cada asunto que roza su existencia, como una presencia inmaterial e insoslayable encargada de velar para evitarles el duro trance de recordar, pensar, decidir, criticar y participar.

Y subraya *disinfopedia*:

Ellos aconsejan y promueven políticas en áreas que conforman la vida de cada norteamericano, entre ellas, la privatización de la seguridad social, las leyes de impuestos e inversiones, la regulación de prácticamente todo, desde el petróleo hasta Internet. Aportan expertos [los tanques pensantes] para testificar ante el Congreso, escribir artículos editoriales para los periódicos, y figurar como comentaristas de televisión. Ellos asesoran a los aspirantes presidenciales y convocan seminarios orientadores para los miembros del Congreso recién electos.<sup>44</sup>

La pregunta decisiva acerca de los tanques pensantes la formula Jill Junnola en su artículo “Who funds whom?”: “¿De dónde sacan sus fondos los tanques pensantes conservadores?”<sup>45</sup>

Existe el doble de tanques pensantes conservadores que progresistas –precisa la *disinfopedia*– y los primeros disponen de mucho más dinero que los segundos. Esto no es casual: una de sus más importantes misiones es asegurar el respaldo a los intereses de las empresas millonarias con el objetivo de que promuevan sus ideas o reciban la validación investigaciones económicas o sociológicas siempre que estas le favorezcan.<sup>46</sup>

Un reporte del National Committee for Responsive Philanthropy (NCRP), citado en el artículo “The Strategic Philanthropy of Conservatives Foundations” documenta lo que define como “[...] el papel jugado por las fundaciones conservadoras en el desarrollo y sustentación del laberinto conservador norteamericano”.<sup>47</sup> En apenas tres años (1992-1994), 12 de las más importantes fundaciones conservadoras destinaron 210 000 000 de dólares a proyectos y programas de ese mismo carácter en diversas instituciones afines.

¿A qué se dedicó, en rigor, tanto dinero? La respuesta es obvia: “Las inversiones de las fundaciones conservadoras han sido destinadas a crear y mantener una infraestructura política que promueve y entrena instituciones para el logro de objetivos políticos conservadores”.<sup>48</sup>

Según la base de datos de *mediatransparency*, estos magníficos filántropos han donado, desde 1985 y hasta el 2000, cerca de un billón de dólares. Las áreas a que se dedicaron son:

- Programas educacionales conservadores, entrenamiento de nuevas generaciones de pensadores y activistas conservadores y la lucha contra los currículos y las políticas progresistas en los colleges y los campus universitarios de la nación.
- Construcción y fortalecimiento de una infraestructura nacional de tanques pensantes y grupos de *lobby*, priorizando a las instituciones dedicadas a la política interna, la seguridad nacional, la política exterior y los problemas globales.
- Financiamiento de medios alternativos, grupos de vigilancia y a la televisión y la radio públicas en temas específicos orientados a esferas de interés público o los informativos.
- Apoyar a los bufetes de abogados conservadores y partidarios de leyes pro-mercado, así como a las redes de tanques pensantes y grupos de *lobby* regionales y estatales.
- Trabajar por transformar los puntos de vista sociales y plasmar, en la práctica, a escala nacional, los ideales de los líderes religiosos y filantrópicos.<sup>49</sup>

Para seguir la ruta del dinero con que se engrasa la maquinaria conservadora norteamericana bastan algunos ejemplos tomados del informe del NCRP:

#### I) Heritage Foundation (según el informe):

[...] se considera la institución política conservadora más importante de los Estados Unidos. Fue creada en 1973 por el magnate racista, antisindicalista y homofóbico Joseph Coors, junto a los prominentes activistas de derecha, los

millonarios Paul Weyrich, Richard Scaife y Edward Noble. Sus fondos iniciales fueron aportados por Coors (250 000 USD), Scaife (900 000 USD) y “una suma significativa”, por Noble. Grandes corporaciones, como la Gulf Oil, hicieron importantes aportes iniciales. A principios de los 80, la Heritage reportó que las 87 primeras corporaciones del país se hallaban entre sus patrocinadores. En 1995 tenía un presupuesto anual de 25 000 000 de USD.<sup>50</sup>

Entre 1985 y el 2000 recibieron 234 donativos (declarados y públicos), por un valor total de 46 735 437 USD. Entre sus principales donantes están 16 fundaciones conservadoras como la Lynde and Harry Bradley Foundation Inc, la Sarah Scaife Foundation, la Carthage Foundation, la Castle Rock Foundation y la John M. Olin Foundation.

Lo donado –según los estados de cuenta que publica anualmente la Heritage Foundation–, se ha utilizado para el logro de los objetivos compartidos, por ejemplo:

- 1º de enero de 1999: 200 000 USD, de la Castle Rock Foundation, para “[...] apoyar a los tanques pensantes que defiendan el punto de vista del mercado libre en los debates sobre las políticas nacionales de interés público”.<sup>51</sup>
- 1º de enero de 1985: 300 000 USD, de la John M. Olin Foundation, para “[...] apoyar el Programa Ejecutivo de investigaciones económicas sobre temas de políticas públicas”.<sup>52</sup>
- 13 de febrero de 1989: 19 000 USD, de la Lynde and Harry Bradley Foundation Inc., para “[...] apoyar el trabajo de Elliot Abrams”.<sup>53</sup>
- 14 de mayo de 1993: 20 000 USD, de la Lynde and Harry Bradley Foundation Inc., para “apoyar una investigación sobre los conservadores americanos”.<sup>54</sup>
- 1º de enero de 1996: 100 000 USD, de la Castle Rock Foundation, para “[...] programas generales de apoyo a agencias que brindan información y publicaciones que promuevan la libertad, en el exterior y límites al gobierno, en lo interno”.<sup>55</sup>

II) Association of Literary Scholars and Critics: recibió, entre 1994 y el 2002, 25 donativos por valor de 647 000 USD, de cinco

fundaciones, entre ellas, la Lynde and Harry Bradley Foundation Inc, Carthage Foundation, John M. Olin Foundation, Sarah Scaife Foundation y Earhart Foundation.

III) American Academy for Liberal Education: recibió, entre 1993 y el 2002, 39 donativos por valor de 2 455 000 USD.

Pero donde los donativos de las grandes corporaciones conservadoras llegan al apogeo, es cuando se les destina a universidades como las de Chicago, Harvard o Yale y especialmente, a aquellas facultades o centros de investigación que se encargan de reproducir sus mismos puntos de vista en economía o política. Veamos:

La Universidad de Chicago, “[...] sede de la Milton Friedman y del Chicago School of Economy, defensores radicales de los principios del mercado libre, sede de otros organismos conservadores y de la escuela de leyes”,<sup>56</sup> es la receptora privilegiada de los donativos de las fundaciones conservadoras de los Estados Unidos: recibió, entre 1985 y el 2002, 531 donativos por un valor de 33 402 058 USD.

La Universidad de Harvard ocupa el segundo lugar entre las instituciones receptoras de donativos conservadores en los Estados Unidos. Entre 1985 y el 2002, admitió 383 donaciones por valor de 32 504 919 USD.

La Universidad de Yale, entre 1985 y el 2002, aceptó 222 donativos de fundaciones conservadoras, por un valor total de 21 424 700 USD.

Quien conozca estas cifras y la tenacidad con que se aportan para la fabricación del laberinto conservador norteamericano entenderá mejor la manera casi perfecta en que se controlan los incendios ideológicos en ese país, y por supuesto, que proliferen los cuarteles de bomberos del pensamiento, cuando se paga tan generosamente.

La prodigalidad de las grandes corporaciones a través de sus testaferros, las fundaciones conservadoras, es la fuente de donde mana el caudal que hace sucesos editoriales de alcance mundial un libro o un ensayo menor, como por ejemplo, *El fin de la historia*, de Francis Fukuyama, o *The Thirty Years War*, de un tal Tom Pauken, cuya promoción aparece financiada con 10 000 USD, el 1º de enero de 1995, a cuenta de la John M. Olin Foundation, a través de la Heritage Foundation y su distribución respaldada por idéntica cifra, donada por la Lynde and Harry Bradley Foundation, a través de la Heritage, el 20 de febrero de 1986.



La manuficencia ilimitada de las corporaciones fabrica expertos de prestigio mundial, oráculos inapelables y gurúes infalibles sobre todas las temáticas humanas y divinas que puedan interceptarse con sus intereses tácticos y estratégicos, pero sobre todo, en temas económicos, culturales y políticos.

Cuando el 15 de febrero de 1991 la Heritage Foundation canalizó 208 500 USD de la Lynde and Harry Bradley Foundation para apoyar las investigaciones, publicaciones y actividades educacionales de tres investigadores residentes de la Bradley; cuando el 1º de enero de 1994, Heritage dice haber destinado 125 000 USD de la John M. Olin Foundation Inc para... “el Programa de Estudios Culturales que dirige William J. Bennett”<sup>57</sup> y cuando, un año después, se otorga la beca John M. Olin en estudios de las Políticas Culturales a William J. Bennett, es posible seguir la pista del proceso mediante el cual se construyen reputaciones y se promueven autoridades conservadoras, fieles y probadas, de falso pedigrí académico e intelectual.

Cuando el 28 de mayo de 1995 –siempre a través de la Heritage Foundation–, la Lynde and Harry Bradley Foundation destina 24 850 USD para apoyar reuniones sobre política interna, sin entrar en mayores detalles, podemos suponer qué tipo de reunión, qué tipo de políticos y qué tipo de políticas se respaldaron con esa suma. Pero no seamos demasiados suspicaces: nadie podría probar que estamos en presencia de manipulación, corrupción o simonía, cuando lo que presenciamos son enternecedoras muestras de la vocación cívica de las corporaciones y de su desinteresado mecenazgo.

Pero no existe mecenazgo desinteresado, mucho menos en política. Para demostrarlo tomemos el caso de esa mente brillante, la de William J. Bennett, que ha costado tanto a la generosidad de las fundaciones conservadoras, haciéndose acreedor de tantos reconocimientos y premios académicos.

Según la página web de la Heritage Foundation:

William J. Bennett es un destacado miembro de la Heritage Foundation y copresidente de Empower America [otro tanque pensante conservador]. Se graduó de Bachiller en Filosofía y Artes en el Williams College, de Dr. en Filosofía Política en la Universidad de Texas, y de Leyes, en Harvard.

### *El Apocalipsis según San George*

Fue presidente de la National Endowment for the Humanities, secretario de Educación, en el gobierno de Reagan y “zar antidrogas”, en el gobierno de Bush Sr. Ha escrito once libros, entre ellos, *The Book of Virtues*, *The Children’s Book of Virtues*, *The Death of Outrage: Bill Clinton and The Assault on Americans Ideals*, el cual ocupó los primeros lugares de la lista de best sellers del *New York Times*.<sup>58</sup>

Lo que no dice la página web de la Heritage Foundation es:

- Entre 1990 y el 2000, el Dr. Bennett recibió diez donativos por un valor total de 1 025 000 USD de la Olin M. Foundation y de la Lynde and Harry Bradley Foundation, canalizados a través del Hudson Institute, de la Heritage Foundation y de Empower America.
- También recibió donaciones, no especificadas, del American Jewish Committee y del National College.
- Entre los proyectos del Dr. Bennett que han financiado estas donaciones se encuentran las ediciones de 1994, 1999 y 2000 del *Index of Leading Cultural Indicators*, que pretendió erigir al propio Bennett en juez supremo capaz de repartir calificaciones o descalificaciones a las políticas culturales de los diferentes Estados del país. La edición de 1999 fue caracterizada por Timothy Noah como un “[...] compendio de retractaciones, manipulación partidista [Bennett fue director del Comité Nacional del Partido Republicano] y deshonestidad”.<sup>59</sup>

Tampoco se dice que este paladín de las virtudes heroicas y ciudadanas de los Estados Unidos, este predicador constante de los valores nacionales, este insobornable luchador contra los vicios públicos y secretos que ponen en peligro el futuro de la República, es, a la vez, un jugador compulsivo secreto, cliente furtivo de los casinos de Las Vegas y Atlantic City, denunciado por *Newsweek* y *The Washington Monthly*, en el artículo de Joshua Green titulado “The Bookie of Virtue”, de junio de 2003:

Durante sus años de funcionario público, los casinos que estaban confinados a Nevada y New Jersey se extendieron a

28 Estados y continúan haciéndolo [...]. Bennett juega desde inicios de los 90, se queda en los casinos durante dos o tres días y disfruta líneas de crédito de 200 000 USD. “Nos llama antes y nos dice cuándo vendrá —explica uno de los informantes—. Prefiere el salón alto, lejos del público. Llega tarde en la noche o temprano en la mañana”.

Este cliente especial ha perdido en los casinos, en los últimos años, más de 8 000 000 de USD.<sup>60</sup>

Según Bennett, cuando gana da siempre algo para la caridad y todo lo reporta al IRS, pero esto no convence a Timothy Green, ni es de suponer, tampoco a los generosos donantes conservadores que han entregado dinero al brillante predicador que es el Dr. Bennett, para convencer a la sociedad de la importancia de sus valores, y no para que desaparezcan en las ruletas en movimiento o las ágiles manos de los *croupiers*. “Bennett ha minado profundamente su credibilidad en temas morales”<sup>61</sup> —concluye Green.

Aparte de procurar bienestar y placer a los ideólogos que ficha para sus equipos, como lo demuestra el caso del Dr. Bennett, ¿cuáles son las ideas esenciales o las políticas cuya difusión garantiza el incesante flujo de capital de las grandes corporaciones, cuando estas juegan a construir el laberinto conservador americano?

En 1995, durante una presentación ante la conferencia anual de la Philanthropy Roundtable, Richard Fink, presidente de las fundaciones de caridad “Charles G. Koch” y “Claude R. Lambe”, realizó una declaración inusualmente sincera, que responde a estas preguntas, para lo cual adaptó el modelo del proceso de producción del economista Friederich Hayek al proceso de cambios sociales: “Llevar ideas a la práctica exige el desarrollo de materiales intelectuales en bruto, su conversión en productos políticos específicos, el mercadeo y la distribución de tales productos a los ciudadanos-consumidores”<sup>62</sup>.

Algunas de las ideas esenciales que caracterizan al producto ideológico que fabrica la industria de los tanques pensantes conservadores para la política doméstica, son las siguientes:

- a) Desregulación industrial y ambiental.
- b) Privatización de los servicios del gobierno.

- c) Disminución drástica de los gastos federales para reducir la pobreza, transfiriendo la autoridad y la responsabilidad por el bienestar social del gobierno nacional a los sectores filantrópicos de los gobiernos estatales y locales.

Estas líneas generales se concretan de manera específica en cada ideólogo conservador que trabaja para los tanques pensantes. Veamos, por ejemplo, cómo las expresa el Dr. Bennett en una conferencia dictada el 16 de abril de 1994 en la Heritage Foundation, bajo el título de “A Strategy for Transforming America’s Culture”:

- a) Los crímenes, las drogas, la descomposición familiar, el declive educacional y otras patologías sociales son incompatibles con la continuidad de la sociedad americana, tal y como la conocemos. Si tales fenómenos continúan, la República dejará de existir. Se trata de amenazas peligrosas y catastróficas.
- b) Debemos avanzar en la idea del federalismo, no debe haber aplicación de iniciativas locales, como la del bilingüismo, a escala nacional.
- c) América es una sociedad “Hágalo-usted mismo”. Busque su propia satisfacción. Vele por su propia seguridad. Busque su propio sustento.
- d) Hay que luchar por acabar el creciente sentido de dependencia del individuo con respecto al Estado.
- e) Tenemos que premiar las buenas conductas y castigar las malas.
- f) Hay que reconstruir a la familia y hacer del matrimonio la institución a través de la cual se ejercen todos los derechos y obligaciones.
- g) Hay que acometer la reespiritualización de América, su reencuentro con Dios. La educación es la arquitectura del alma. Debe promoverse la inhibición y la autorrestricción de jóvenes y adolescentes.<sup>63</sup>

Un buen ejemplo de cómo se intenta, en la práctica, imponer los puntos de vista sociales y los ideales que defienden los conservadores, vuelve a aportarlo el Dr. Bennett en su conferencia “Thoughts on Iraq and the War on Terrorism”, leída en la Heritage

Foundation, el 3 de febrero de 2004, sin dudas, un galante esfuerzo neocon de lanzarse al rescate de la maltrecha política iraquí del presidente Bush. Las ideas expresadas, de manera resumida, son las siguientes:

- Discrepancias con el gobierno de Bush:
  - Intentos de amnistiar a los emigrantes ilegales.
  - Mantener un comercio normal con China aunque este país no ha realizado reformas políticas sustantivas.
  - Vínculos demasiado estrechos con Arabia Saudita.
  
- Coincidencias fundamentales con el gobierno de Bush:
  - La lucha que lleva a cabo por la sobrevivencia de los Estados Unidos y del mundo civilizado, por la difusión de la democracia, expresada en la guerra contra el terrorismo y el radicalismo islámico.
  
- Crítica principal que debe hacerse al gobierno de Bush:
  - Estar demasiado a la defensiva.
  - No debe importarnos la opinión pública.
  - Si miramos las votaciones en la ONU durante los últimos 40 años, veremos que nunca hemos sido amados por el mundo antidemocrático allí representado, porque amenazamos su liderazgo. Somos el gran país que se alza en su camino. Que los demás nos amen o no, debe sernos indiferente. Los Estados Unidos continuarán haciendo lo correcto.
  - El enemigo principal no es Israel o los Estados Unidos, sino el Islam radical.
  
- Los Estados Unidos deben enorgullecerse de lo hecho en Iraq, como evidencian los siguientes logros alcanzados:
  - Iraq no abriga ya a terroristas como Abu Nidal o Al-Zarqawi.
  - Iraq ha dejado de exportar el terrorismo.
  - Iraq ha dejado de amenazar al mundo con sus armas de destrucción masiva.
  - Iraq ya no mantiene hospitales y escuelas cerradas.
  - No mueren en Iraq 5 000 niños mensualmente, según declaraciones de la UNICEF.

- Iraq ha dejado de subsidiar a los atacantes suicidas que atacan a Israel.
- Conclusión: “Le decimos a nuestros críticos, con pasión y convicción, que estamos orgullosos de nuestro país; de la lucha de sus hombres y mujeres en Iraq y, lo decimos en alta voz: estamos orgullosos de nuestro Presidente”.<sup>64</sup>

En el caso de William J Bennett, se comprueba que el dinero de las corporaciones conservadoras no solo es bueno para pagar deudas de juego.

## Las maquilas\* ideológicas

El mundo de los tanques pensantes conservadores es la frontera oeste, el Dodge City ideológico de nuestra época, un espacio sin leyes ni reglas habitado por seres violentos, armados y sin escrúpulos, que actúan movidos por la búsqueda de crecientes ganancias, el mismo motor del sistema que los ha hecho sus escuderos y heraldos asalariados. Es el escenario donde se revelan todas las pasiones ideológicas oscuras; donde se sacian todos los apetitos académicos inconfesables; donde se transgreden, jubilosamente, todas las convenciones de la ciencia, la decencia y el *fair play*. Sin dudas, el paciente colectivo perfecto soñado por Freud.

Sobre este terreno, pantanoso y corruptor, escribió Tom Brazatis, para el *Cleveland Plain Dealer*:

Los tanques pensantes modernos son factorías políticas ideales, sin fines de lucro y exentas de impuestos, donde las donaciones pueden ser tan grandes como la chequera de los donantes y todo se hace sin publicidad. Las compañías que se dedican a la tecnología garantizan a los tanques pensantes que patrocinan acceso ilimitado a Internet y las firmas de Wall Street proveen de los fondos inversión o de retiro.<sup>65</sup>

\* De maquiladora: industria filial de una empresa extranjera que opera con materias primas importadas y exporta toda su producción al país de origen, fundamentalmente a EE.UU.

Como ocurría en los pueblitos del oeste donde la vida cotidiana, las relaciones de vecindad, la integridad, las lealtades, el respeto y acatamiento de las leyes eran puestos a prueba y de manera inexorable, hechos saltar en pedazos tras el hallazgo de algún rico filón de oro, así ha sucedido con las reglas del mundo académico cuando comenzó a manar el dinero de las corporaciones y se le dirigió hacia las arcas de los tanques pensantes que les sirven, con la misma obsequiosa servidumbre de los porteros de Chéjov.

Los expertos de los tanques pensantes que disfrutan de los buenos salarios y contratos que garantiza la exhibición de títulos de “investigador adjunto”, o “miembro principal” que estos otorgan, aclara la *disinfopedia*, “[...] no necesariamente lo son, en estricto sentido académico, ni poseen los títulos universitarios requeridos en las áreas donde dicen ser expertos. Los fondos donados pueden corromper la integridad de la vida académica”.<sup>66</sup>

Por supuesto que la corrompen; para eso y no para otra cosa personas y corporaciones que miden cada centavo de sus ingresos son capaces de pagar enormes sumas a intelectuales y a fundaciones para que piensen por ellos y defiendan sus intereses.

La *disinfopedia* subraya:

“Los verdaderos académicos investigan, primero y muestran luego las conclusiones a las que han arribado, pero este proceso está invertido en la mayoría de los tanques pensantes [...]. Como ha dicho dicho el economista Jonathan Rowe refiriéndose a la Heritage Foundation: ‘Su tarea no es pensar, sino justificar’”.<sup>67</sup>

Según enumera *disinfopedia*, solo en los Estados Unidos, 218 tanques pensantes, desde el Nixon Center hasta el Center for Digital Democracy, y 28 en Inglaterra, desde el Adam Smith Institute, hasta el Institute of Ideas.

La eficacia del financiamiento de las corporaciones a los tanques pensantes se expresa en lo que *mediatransparency* denomina como su decisiva contribución a la derechización del diálogo político de la nación y de las políticas de interés público. No se puede explicar el éxito de estas estrategias apelando solo a los millones que generosamente se dedican a dicho financiamiento; se debe

profundizar también en la forma en que se usa el dinero y en los mecanismos que, en la mejor tradición neoliberal, permiten la mayor rentabilidad posible de la inversión.

¿A qué se debe lo que *mediatransparency* califica como “efectividad” del dinero que se invierte en estas maquilas ideológicas?

Los factores del éxito son varios:

- 1) “Las fundaciones donantes transmiten a las receptoras la misma claridad de puntos de vista y de intenciones políticas que sustentan”,<sup>68</sup> lo que puede también considerarse expresión de cínica prepotencia de quien paga y por lo tanto, ordena. A la larga, se erradica cualquier ambigüedad en los planteamientos ideológicos que se esperan, lo cual le da coherencia a un movimiento que gira alrededor de dos pilares esenciales: mercado libre y gobierno limitado.
- 2) Se invierte el dinero en instituciones que cubren los sectores estratégicos de los Estados Unidos y lo que se invierte no se orienta a respaldar programas específicos, sino a garantizar fondos operacionales generales. Esta flexibilidad tiene también otra ventaja: el dinero puede usarse para lo que sea más necesario en cada momento. Las cuentas a rendir son también flexibles, como los fondos reservados de los gobiernos o de las agencias de inteligencia.
- 3) Los recursos invertidos se concentran en todo lo que pueda garantizarles alcance nacional y se dispersan lo menos posible. Esta concentración de las inversiones explica la manera en que grandes donantes “comparten” fundaciones receptoras, o lo que es lo mismo, por qué siempre “van al seguro”: “el 18% de los receptores recibe el 75% de lo donado”.<sup>69</sup>
- 4) Los donantes invierten fuertemente:

[...] en instituciones y proyectos orientados al mercadeo de ideas políticas conservadoras, [...] para lo cual se les exige desarrollar campañas agresivas, usando los medios de difusión y las nuevas herramientas de comunicación para crear sus propias bases, movilizar a la opinión pública y establecer redes con otras organizaciones alrededor de una agenda común.<sup>70</sup>



No es casual que, en julio de 2002, en un encuentro que reunió a los más importantes tanques pensantes de los Estados Unidos, Edwin Feulner, de la Heritage Foundation, hablase de “[...] las cuatro M”, (*mission, money, managements y marketing*),<sup>71</sup> que encierran la clave de su éxito.

- 5) Las fundaciones proveen de considerables recursos para “[...] crear y cultivar intelectuales públicos y líderes políticos con fuertes convicciones sobre el mercado libre y el Estado limitado”,<sup>72</sup> fortaleciendo así la imagen de tales políticas y garantizándole permanente visibilidad.
- 6) La mayoría de estas fundaciones vienen haciendo donativos desde hace más de 20 años, “[...] lo cual les ha permitido dotar de bases financieras sólidas a las instituciones conservadoras, crearles una tremenda capacidad ofensiva para influir en audiencias específicas y sobre determinadas políticas, a la vez que llegar hasta los niveles donde se deciden las políticas sociales, fiscales y regulatorias”.<sup>73</sup>

La voz autorizada de Christopher DeMuth, quien fuera presidente del American Enterprise Institute, citada por Robert Kuttner en su artículo, se remite a otras aristas de la eficacia:

- 1) “Las cosas toman su tiempo”,<sup>74</sup> o lo que es lo mismo, los inversores no pueden apremiar a sus voceros ideológicos pidiéndoles resultados inmediatos por la inversión realizada, teniendo en cuenta lo difícil que es imponer una idea nueva en la conciencia de la nación y el mundo.
- 2) “El movimiento conservador necesita también de ideas positivas”,<sup>75</sup> o sea, de afirmaciones y no solo negaciones, como vía ideal para lograr apoyo popular para los objetivos que persigue.
- 3) “Todos los cambios que se producen [en la política de los Estados Unidos] son bipartidistas [...] por lo que la derecha debe esforzarse por atraer hacia sus posiciones a los Nuevos Demócratas”.<sup>76</sup>

El propio Kuttner, que se autorreconoce como liberal, no escapa a la tentación de apuntar algunas de las estrategias que han

aportado éxito a los tanques pensantes y las fundaciones que conforman el llamado “movimiento conservador”:

- 1) Dicho movimiento tiene profunda conciencia de sí mismo y sus voceros hablan con el lenguaje de “los fundadores”, pero sin ambigüedades, pues creen ser un movimiento progresista.
- 2) Las fundaciones conservadoras y sus tanques pensantes nunca se definen como “políticos”, a pesar de serlo, sino como “instituciones filantrópicas”, que se limitan, aparentemente, a diagnosticar y proponer soluciones, que “otros” han de llevar a la práctica.
- 3) La mayoría de las juntas directivas de las fundaciones conservadoras están formadas por “patricios y empresarios corporativos”, lo que les aporta claras jerarquías no escritas y en consecuencia, un espíritu de cuerpo.

Aunque apenas se hable de ello, Jill Junnolas apunta en su artículo otra fortaleza más: el entramado de relaciones personales que se crea al repetirse en las juntas directivas, o al frente de los programas de las fundaciones y tanques pensantes, los nombres de las mismas personas que, como ocurre ahora con el gobierno de Bush, ocupan también altas posiciones gubernamentales:

- La Smith Richardson Foundation otorgó al American Enterprise Institute en el año 2000 un donativo del cual se destinaron 125 000 USD para un estudio sobre cómo se influye en las relaciones exteriores de los Estados Unidos. Al frente del estudio se ubicó a John Bolton, quien trabajaba, precisamente, en la Secretaría de Estado.<sup>77</sup>
- En la Junta Directiva del American Enterprise Institute (AEI) es posible hallar a Richard Perle, presidente de la semigubernamental Junta de Política para la Defensa, a Irving Kristol, el abuelo de los neocons, a Michael Ledeen, primer director ejecutivo del Jewish Institute for National Security Affairs (JINSA) [...] a Lee Raymond, presidente de Exxon Mobil y a William Stavropoulos, presidente de Dow Chemical Co.<sup>78</sup>
- El actual presidente de Lynde and Harry Bradley Foundation, Michael Grebe, también es miembro del Buró de Supervisión

del Instituto Hoover de la Universidad de Stanford, del cual formó parte Condoleezza Rice [...].<sup>79</sup>

Se entiende por qué Jill Junnola habla de que las relaciones entre “[...] las fundaciones, los tanques pensantes y el equipo de Bush bordean lo incestuoso”.<sup>80</sup>

Tras construir el laberinto conservador, con tenaz constancia, las grandes corporaciones han ubicado en cada rincón o recodo a sus tanques pensantes. Grandes sumas de dinero y eficaces estrategias han sido movilizadas para influir sobre la sociedad norteamericana y el resto del mundo mediante las ideas que promueven estas infatigables factorías.

¿Cuáles son esas ideas y quiénes los hombres que las promueven?

## Referencias

- <sup>1-3</sup> Freytas, Manuel: “Según un informe de ex altos miembros de la seguridad del Estado, los halcones planean invadir Irán si Bush gana las elecciones”. En: [http://iranoticias.com/secciones/norteamerica/0057\\_halcones\\_iran\\_21jul-04.html](http://iranoticias.com/secciones/norteamerica/0057_halcones_iran_21jul-04.html)
- <sup>4-5</sup> Ritter, Scott. “How We Got It so Wrong in Iraq?”, *Times Union*, July 18, 2004. En: <http://www.lists.cu.groogroo.com/cgi-bin/listinfo/peace-discuss>
- <sup>6-13</sup> Snider, L. Britt: “Introduction”. Tomado de: *Sharing Secrets With Lawmakers: Congress as a User of Intelligence*. En: <http://www.cia.gov/csi/monograph/lawmaker/1.htm>
- <sup>14-19</sup> \_\_\_\_\_: “How Intelligence-Sharing with Congress Has Evolved”.  
Ibidem.
- <sup>20-33</sup> \_\_\_\_\_: “What Distinguishes Congress as a Consumer of Intelligence?”. Ibidem.
- <sup>34-36</sup> \_\_\_\_\_: “How Intelligence-Sharing Works at Present”. Ibidem.
- <sup>37-38</sup> \_\_\_\_\_: “Impact of Intelligence-Sharing with Congress”. Ibidem.
- <sup>39-41</sup> “Think Tanks”. En: [www.disinfopedia.org/wiki.phtml?title=think\\_tanks&-printable=yes](http://www.disinfopedia.org/wiki.phtml?title=think_tanks&-printable=yes)
- <sup>42</sup> “The People We Pay to Think”. En: <http://www.hereinreality.com/news/rand.html>
- <sup>43-44</sup> Ob. cit. (40).
- <sup>45</sup> Junnola, Jill: “Perspectives: Who Funds Whom?”, Oct. 4, 2002. En: <http://www.campus-watch.org/article/id/243>
- <sup>46</sup> Ob. cit. (40).
- <sup>47-57</sup> “The Strategic Philanthropy of Conservative Foundations”. En: <http://www.mediatransparency.org/movement.htm>
- <sup>58</sup> Bennett, William J.: “About the Heritage Foundation”, Our Staff. En: [www.heritage.org/about/staff/williambennet.cfm](http://www.heritage.org/about/staff/williambennet.cfm)
- <sup>59</sup> Noah, Timothy: “Bill Bennett and the Cultural-Decline Decline”, Oct. 21, 1999. En: <http://slate.msn.com/?id=1003865>
- <sup>60-62</sup> Green, Joshua: “The Bookie of Virtue”, *The Washington Monthly*, June, 2003. En: [www.washingtonmonthly.com](http://www.washingtonmonthly.com)
- <sup>63</sup> Bennett, William J.: “A Strategy for Transforming America’s Culture”, Apr. 16, 1994. Heritage Lecture # 489. En: <http://www.heritage.org/Research/Family/HL489.cfm>
- <sup>64</sup> \_\_\_\_\_: “Thoughts on Iraq and the War on Terrorism”, Heritage Lecture # 819, Febr. 3, 2004. En: <http://www.heritage.org/Research/Middle-East/hL819.cfm>
- <sup>65-67</sup> Ob. cit. (40).
- <sup>68-73</sup> Ob. cit. (48).
- <sup>74-76</sup> Kuttner, Robert: “Philanthropy and Movements”, July 15, 2002. En: [www.prospect.org/web/](http://www.prospect.org/web/)
- <sup>77-79</sup> Ob. cit. (48).
- <sup>80</sup> Ob. cit. (46).